



**Un epitafio latino de Quevedo:
*Epitaphium Domini Francisci Gomez de Quevedo Domino
Ludovico Carrillo. Edición, traducción y estudio***

Milagros del Amo Lozano

<ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3476-1935>>

Universidad de Murcia (España)

latinmila@hotmail.com

JANUS 13 (2024)

Fecha recepción: 18/08/23, Fecha de publicación: 15/02/24

<URL: <https://www.janusdigital.es/articulo.htm?id=258>>

<DOI: <https://doi.org/10.17979/janus.2024.13.10513>>

Resumen

En este artículo se edita, traduce y comenta un epitafio que escribió Francisco de Quevedo en latín; lo dedicó a su amigo Luis Carrillo y Sotomayor, fallecido a los 27 años, y fue publicado en 1611.

Palabras clave

Quevedo; Luis Carrillo y Sotomayor; epitafio; neolatín

Title

A Latin epitaph by Quevedo: *Epitaphium Domini Francisci Gomez de Quevedo Domino Ludovico Carrillo*. Edition, translation and study

Abstract

An epitaph written by Francisco de Quevedo in Latin is edited, translated and commented on in this paper; it was dedicated to his friend Luis Carrillo y Sotomayor, and was published in 1611.

Keywords

Quevedo; Luis Carrillo y Sotomayor; epitaph; neo-Latin



En 1611 sale a la luz el primero de los dos únicos epitafios en latín que escribió Quevedo¹; está incluido en los liminares de la obra poética de don Luis Carrillo y Montemayor, preparada con cierta premura por su hermano tras la *inmatura mors* del poeta y militar.

Estos dos epitafios latinos —en prosa— forman parte de la abundante producción de Quevedo de tema fúnebre², que está constituida por más de ochenta poemas (Quevedo, 1943: 87-91 y Quevedo, 1969: I 417-484, poemas 211-291), entre los cuales hay algunos epitafios³ o poesías escritas con ocasión de la muerte de alguien⁴.

0. Quevedo compuso para un amigo que había fallecido muy joven este epitafio en latín. Le dedicó también un poema en castellano, una “Canción” fúnebre, que se incluye en los mismos liminares de la edición de la que hablamos; además, cuando don Luis vivía, don Francisco había escrito para él un soneto⁵. Estas tres composiciones avalan la amistad entre ellos e indican la gran impresión que le supuso a don Francisco, como a otros tantos, la muerte del amigo. Además de estos tres textos, se ha pensado que son suyos los dos sonetos castellanos, sin nombre de autor, que se añaden en los liminares de la segunda edición de la Poesía de Carrillo. Pero solo de este *epitaphium* que se lee en el título de estas páginas nos vamos a ocupar.

Como es lógico, este epitafio no ha pasado desapercibido a los estudiosos; es conocido, en efecto, ya que es citado y de él se han comentado

¹ Publicaría después el de Job, *Epitaphium pyramidati sepulcri Job*, en *La constancia y paciencia del santo Job en sus pérdidas, enfermedades y calamidades* (1641-1642). Aunque hay semejanzas (está también en prosa y da noticia de la vida en boca del fallecido), este epitafio ofrece pocos datos de interés para establecer comparación con el que vamos a comentar, dado que en él apenas introduce alguna frase original: el grueso de la composición es la unión de varios textos del libro de Job. Cf. Del Piero, 2017: 99-100. Se halla reproducido en Ciocchini, 1965: 397.

² Sobre la poesía funeraria de Quevedo, cf. Rey, 1997, y Llamas 2016 y sus trabajos anteriores. Algunos de los trabajos sobre la poesía funeral (Llamas, 2013 y 2015, y Alonso Veloso, 2023) se centran solo en uno de sus poemas.

³ A un avaro, a una señora, a Celestina, a un médico, a Enrique IV, al Duque de Osuna, etc. Así mismo escribió epitafios y también alguno de tono burlesco, como “Aquí yace Misser de la Florida, un *bujarra*”, que concluye *Requiescat in culo, mas no in pace*. Con estos epitafios en verso se insertaba Quevedo en lo que era usual en los poetas españoles de su tiempo, como señala la profesora López Poza (2008).

⁴ Encontramos, por ejemplo, un soneto a la muerte de Francisco de la Cueva, un elogio funeral a Melchor de Bracamonte, una composición en prosa al rey de Suecia, etc. A esos más de ochenta poemas, podrían añadirse, por su evidente relación, sus sonetos a la brevedad de la vida o a la muerte.

⁵ *A Don Luis Carrillo, hijo de Don Fernando Carrillo, Presidente de Indias, Cuatralbo de las galeras de España y Poeta: “Ansí, sagrado mar, nunca te oprima”*. Ha sido estudiado con detalle por Candelas (2016).

algunos aspectos⁶; sin embargo, no tengo constancia de que haya recibido la atención filológica que —a mi juicio— precisa.

Lo primero en lo que debemos reparar es en esa “rareza” de que el epitafio esté escrito en latín, ya que solo dos escribió en esta lengua y podríamos afirmar que, en verdad, casi que este fue “su único epitafio latino”. Él lo creó, querría hacer una obra maestra digna del destinatario, al que, además, iba a ofrecerle su voz. Por otra parte, tal vez sea oportuno tener presente que estaba en su época o en una de sus épocas “más filológicas”, rodeado de textos clásicos. Se encontraba, por tanto, en condiciones de abordar la tarea. Además, lo hacía en prosa, no en versos latinos.

Posiblemente, asimismo, pudo pretender con esta composición en latín hacer alarde de sus conocimientos de una lengua que había estudiado bien⁷ y en la que desde muy joven escribió cartas⁸. Por otra parte, su competencia en latín⁹, aunque no unánimemente reconocida¹⁰, la demostró en las numerosas

⁶ Hablan del epitafio o de alguna parte los trabajos de J. Garcia Soriano (1926: 605), A. Rothe (1965: 44-46) o E. Tierno Galván (2011: 545).

⁷ López Grigera (1998: 47-52) da cuenta de la formación en lengua latina que Quevedo recibió de los jesuitas de Ocaña; sin embargo, ya antes habría estudiado latín en su casa, después de pasar por el Convictorio de los jesuitas, en la Universidad de Alcalá (López Ruiz, 2008: 175).

⁸ El intercambio epistolar con su camarada Ramírez de Prado, por ejemplo, solamente pretendía “demostrar conocimiento y destreza en las *litterae humaniores*” (puede verse, a este propósito, la edición realizada por Solís en 1998 de las tres cartas que intercambiaron a principios de 1602); así mismo, también muy joven, intercambió desde 1604 correspondencia en latín con Justo Lipsio, notable humanista belga, que, sin conocer su edad, afirmaba de Quevedo que era una de las figuras más notables de España; puede verse la edición en Gendreau, 1977 y Conde, 2017; sobre el análisis de una de esas cartas, cf. Moya-Gallego, 2010. Más tarde, se escribiría también con Vicente Mariner (1625) y Juan Jacobo Chifflet (1627), cartas en latín que se hallan, por ejemplo, en Quevedo, 1945, 1672 y 1790.

⁹ Hay quien, como el profesor Conde Parrado (2017: 75), considera que su intercambio epistolar da cuenta de que Quevedo dominaba esta lengua con un nivel sobresaliente. En todo caso, entre sus contemporáneos nadie puso en duda su idoneidad para la lengua latina; solo en la edad moderna se han puesto en entredicho sus conocimientos de latín (Sigler, 1994: 43).

¹⁰ Distinto juicio ofreció el profesor Tierno Galván (2011: VII 544-545), que opina que los textos en los que su latín es más correcto pudieron recibir sugerencias de algún experto en esa lengua, como don Lorenzo van der Hammer y León (no es nada extraño que, como hacemos muchos, diera sus escritos, para posible revisión, a un amigo, como este vicario de Juviles); una sospecha que Tierno justifica en los errores que se observan en algunos lugares, como en las cartas a Lipsio. Pero somos de la opinión de que Quevedo conocía bien el latín, aunque, algunas veces, muy pocas, debido a su rapidez mental, se despistara o leyerá lo que él quería leer. En todo caso, se halla un buen análisis resumido de la polémica sobre su conocimiento del latín en Quevedo, 2018: 23 (y la interesante bibliografía, en nota 123).

traducciones¹¹ que realizó¹², además de en las muchísimas citas con las que ilustra todas sus obras¹³.

Pero vamos ya al “epitafio”.

EL EPITAFIO

Creemos que, aun tratándose de una obra menor, este epitafio tiene cierto atractivo dentro del conjunto de la obra quevediana y es interesante dentro de los textos neolatinos de la época. Comenzamos recordando que el contenido de esta composición, a nuestro juicio, no estaba destinada al sepulcro. Se trata, ciertamente, del tópico *siste, viator*, en que el muerto habla de su vida y añade consejos, pero, en este caso, la longitud que tiene el epitafio haría prácticamente imposible escribirlo en la tumba. De todos

¹¹ Quevedo ha sido muy criticado en su faceta de traductor, especialmente, cuando vierte del hebreo y del griego (cf. Balcells, 1988), pero los juicios son, en general, muy diferentes acerca de sus traducciones del latín; sobre este aspecto, pueden consultarse los trabajos de Herrera (1981), López Ruiz (1998) o García Sánchez (2021); sobre su tarea de traductor de Séneca, cf. Hernández Rojo, 1988. Es cierto que, como algunos críticos han manifestado, en algunos casos, más que de verdaderas traducciones, se trata de paráfrasis o recreaciones. Balcells hace afirmaciones como que (respecto a Persio) “no puso la necesaria elegancia y pulcritud de estilo que cable esperar en un latinista supuestamente tan bueno” (Balcells, 1988: 40). No obstante, es cierto que con frecuencia lo que ofreció eran reelaboraciones libres a imitación de los clásicos: “Quevedo se inspiraba en los antiguos y escribía después siguiendo su propio genio” (Menéndez Pelayo, 1953: IV 107); él mismo confiesa que es lo que hizo a veces; lo asegura de Séneca en la Dedicatoria de su versión de *De remediis fortuitorum* “Atrévime a traducir e imitar a Séneca” (Bühler, 1983: 413); pero también le sirvieron de inspiración en otras ocasiones autores como Marcial, Juvenal, Persio, Propercio o Ausonio.

¹² Una buena relación, de las conservadas y perdidas, se halla en Menéndez Pelayo (1953: IV 104-107). Los Sénecas son los autores que más tradujo, en especial, el Joven; pero también se cuentan entre sus versiones del latín una epístola de Plinio (*Epístola XXII del libro VIII de Plinio, a Caio Geminio*), dos odas de Catulo (intercaladas en el *Anacreón*), fragmentos de Lucano, Persio y Juvenal o un opúsculo de Santo Tomás (*Del modo de confesarse*, traducido y con notas..., hoy perdida, que cita Quevedo entre los libros que le sustrajeron durante su última prisión; cf. Balcells, 1988: 41).

¹³ Es rara la obra quevediana que no incluye citas en latín. Son muchísimos los autores, latinos —y griegos en versión latina— que aparecen a lo largo de su producción. Sobre este punto, es imprescindible la obra de la profesora Moya del Baño (2014); puede verse también un trabajo suyo anterior (Moya, 2005: 363). Comprobamos en dichos trabajos que don Francisco incluye textos de muchísimos autores latinos, tanto en prosa como en verso, y de géneros variados, y que a menudo traduce algunas de estas citas (Avieno, Catulo, César, Cicerón, Claudiano, Estacio, Festo, Floro, Autores de la Historia Augusta, Horacio, Justino, Juvenal, Lucano, Lucilio, Lucrecio, Manilio, Marcial, Nonio Marcelo, Ovidio, Persio, Petronio, Plauto, los dos Plinius, Prisciano, Propercio, Quintiliano, Salustio, Séneca el filósofo, Silio Itálico, Símaco, Suetonio, Tácito, Terenciano Mauro, Terencio comediógrafo, Terencio Varrón, Valerio Máximo y Virgilio).

modos, no es esta la cuestión que nos interesa, sino que es nuestro objetivo editar, comentar y traducir este texto, dedicando antes unas palabras al amigo fallecido.

El epitafio lleva por título: *Epitaphium Domini Francisci Gomez de Quevedo, Domino Ludovico Carrillo*.

1. El dedicatario es, pues, don Luis Carrillo y Sotomayor, a quien, como hemos indicado, don Francisco da voz en el texto¹⁴. Debemos, por tanto, conocer algunos datos sobre él. Se trata de un autor nacido en la provincia de Córdoba, en Baena, precursor del culteranismo¹⁵, a quien Gracián consideró “el primer culto de España” (Solís, 1998: 193).

Era hijo de don Fernando Carrillo y doña Francisca de Valenzuela y, aunque algunas de las noticias sobre su biografía han sido discutidas¹⁶, se sabe que su breve existencia se desarrolló en los últimos años del siglo XVI (es muy probable que naciera en 1585, fecha que ha ayudado a fijar el *epitaphium* que hoy nos ocupa)¹⁷ y comienzos del siglo siguiente. A pesar de haber vivido solo 27 años¹⁸, es autor de varios poemas y de algún opúsculo en prosa; además tradujo parcialmente los *Remedia amoris* de Ovidio y *De brevitae vitae* de Séneca (Solís, 1998).

Fue un miembro de la pequeña nobleza de la época, que recibió el hábito de Santiago y obtuvo puestos de mando en el ejército real: estuvo encargado de cuatro galeras (“cuatralbo de galeras”) y, si bien murió sin desempeñar el cargo, fue nombrado Comendador de Fuente del Maestre (Solís, 1998).

Un personaje, pues, que a comienzo del siglo XVII encarna la unión de armas y letras¹⁹, circunstancia que, además de —como veremos— la gran amistad y semejanzas que los unían, están detrás de esta composición.

¹⁴ Desde la antigüedad era común hacer hablar al difunto en los epitafios. Quevedo se une a esa costumbre, que presenta también en su epitafio sobre Job con una introducción en que así lo expresa: “Yo, que por imitar esta piedad, quiero que Job con sus palabras sea epitafio de sí mismo, porque aun sepultado hable de sí, y aun difunto le podamos oír” (Quevedo, 1852: 248 y 1945: 1204).

¹⁵ Influyó en algunos escritores de su tiempo, como Jáuregui.

¹⁶ Encontramos datos biográficos de don Luis, no siempre coincidentes, en Nicolás Antonio, 1788: II 27-28, García Soriano, 1926: 591-629, Menéndez Pelayo, 1953: 287-289, D. Alonso, 1968a: 55-63; en las sucesivas ediciones de sus obras —también en muchas de las de Quevedo— se aportan igualmente datos sobre él; cf., por ejemplo, Quevedo, 1953: 47.

¹⁷ Hay más certeza en que Alonso, el menor de los tres hermanos, nació en 1588. Del año 86 o del 87 debía ser el otro hermano, Pedro.

¹⁸ Y sin dedicación a la literatura casi los dos últimos años.

¹⁹ En el *Pasajero*, de su amigo Cristóbal Suárez de Figueroa, en medio de otras alabanzas a don Luis, leemos “ser Marte con la espada, ser Apolo con la pluma” (Carrillo, 1936: 10-11).

Se sabe que fue un hombre muy religioso, dato que se manifiesta en su manera de actuar en sus campañas por mar²⁰, pues siempre que le era posible mostraba su devoción a la Virgen y al Santísimo Sacramento. Su piedad y oración se fue incrementando a lo largo de su vida, y, especialmente, a partir del año 1608 (dos años antes de su muerte), momento en que, aunque no llegó a abandonar su actividad en el mar, sí dejó la literaria²¹. Parece que manifestó incluso su deseo de ser religioso profeso.

Muchos datos acerca de su vida de piedad y ascetismo, en la que no faltaban oración, ayuno²² y limosna, pueden extraerse de lo que don Luis Núñez de Prado, encargado de presidir su funeral, dijo en la homilía que allí pronunció (D. Alonso, 1968b: 65-72), en la cual también menciona otras facetas de su vida; se leen en ella afirmaciones como las siguientes: “Noble en sangre, generoso en persona, esclarecido en virtud (...), Séneca en sus elocuencias (...), religioso en sus virtudes, devoto en sus oraciones, grande elemosinario...” (D. Alonso, 1968b: 66).

Esta vida piadosa se refleja también en lo que dejó como legado, ya que, cuando supo que se acababa su tiempo en esta vida, dejó un ruego, a saber, que se tenga siempre presente la muerte y se medite sobre ello²³. Estas ideas se reflejan en algunas de sus poesías, si bien no hay entre ellas ninguna que claramente pueda considerarse religiosa (D. Alonso, 1968b: 73).

Murió el 22 de enero de 1610, en el Puerto de Santa María. Tenía 27 años, una *inmatura mors*.

LA EDICIÓN DE SUS POESÍAS

2. Alonso Carrillo, el menor de sus hermanos, debió de pensar que era necesario editar su obra inmediatamente. Parece que la preparó a toda prisa (Dámaso Alonso [Carrillo, 1936: 15] afirma que, prácticamente, se limitó a

²⁰ Se cuenta que cada vez que llegaban a tierra visitaba el santuario mariano que hubiera más cerca y que no escatimaba ningún tipo de mortificación.

²¹ De su santidad habló su hermano Alonso, en la 1ª edición de su obra (“ya mi hermano, dos años antes que muriese, todo ocupado en maciza virtud de santidad, ni aun se daba a estos ejercicios de ingenio”) y, además de tratarse en otros lugares, a ella dedicó un artículo Dámaso Alonso (1968a); sobre la especial intensidad de su ascetismo en sus últimos años, cf. D. Alonso, 1968b: 64.

²² Que combinaba con múltiples mortificaciones tales como ir descalzo, de rodillas o llevar cilicio (se cuenta que incluso portaba uno en el momento de su óbito).

²³ “... que tengáis memoria que os habéis de ver en el punto que me veo, y que si la muerte marchita y tala la flor de mi juventud, habéis de pasar por ella” (D. Alonso, 1968: 71).

juntar los borradores que encontró, sin someterlos a revisión). Salió a la luz en Madrid, en 1611, de las prensas de Juan de la Cuesta²⁴.

En los preliminares de esta edición²⁵ aparecen seis composiciones, dos realizadas por su propio hermano y las demás hechas por amigos suyos; son cuatro las escritas en verso, tres en castellano (de Antonio Monroy, de su hermano Alonso y de don Francisco de Quevedo) y una en latín (obra de Luis Tribaldo); y se cierra este homenaje con dos epitafios en prosa latina (el primero, del mismo Alonso Carrillo y el segundo, el de Quevedo)²⁶.

LA SEGUNDA EDICIÓN

A la vista de los muchos errores de esta primera edición de la obra de Carrillo, su familia encargó otra²⁷, que saldría en 1613, también en Madrid, con Luis Núñez como editor²⁸. En ella aparecen otras obritas dedicadas al poeta: son cuatro sonetos, anónimos los dos primeros y que, como ya hemos dicho, sin certeza, se atribuyen a Quevedo²⁹, y dos más, del doctor Romero y de Tomás de Cardeval³⁰.

²⁴ *Obras de don Luys Carrillo y Sotomayor, caballero de la Orden de Santiago, Comendador de la Fuente del Maestre, Quatralvo de las Galeras de España, natural de la Ciudad de Cordova*, Alonso Carrillo (editor), en Madrid, por Juan de la Cuesta, 1611.

²⁵ Tras la "Tasa", "Fe de erratas", "Aprobación", "Autorización del rey para que se imprima", "Dedicatoria a don Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno" e "Índice".

²⁶ Es decir: 1. Elegía de D. Antonio de Monroy, a la muerte de don Luis Carrillo, coronel de Plasencia, *Ondas del Betis que en cristal luciente* (165 endecasílabos); 2. Canción de don Francisco de Quevedo a la muerte de don Luis Carrillo, *Miré ligera nave* (silva de ochenta versos); 3. Canción de D. Alonso Carrillo Lasso, A la muerte de don Luis Carrillo, su hermano, *Mis mudos pasos triste divertía* (silva de 144 versos); 4. L. Tribaldi Toleti Elegeia in obitum Ludovici Carrillo, *Si quando, o hospes...* (diecinueve dísticos); 5. *Epitaphium D. Alphonsi Carrillo, D. Ludovico fratri, "Qualibus Aeacides Sigaeia litora..."* (prosa, con citas de Homero, Horacio, Eurípides); 6. *Epitaphium D. Franciscisci Gomez de Quevedo, D. Ludovico Carrillo*.

²⁷ García Soriano (1926: 606) considera que se le pudo encargar a Alonso Cano y Urreta.

²⁸ Carrillo y Sotomayor, Luis, *Obras de don Luys Carrillo y Sotomayor, caballero de la Orden de Santiago, Comendador de la Fuente del Maestre, Quatralvo de las Galeras de España, natural de la Ciudad de Cordova*, en Madrid, por Luyz Sanchez, 1613. D. Alonso (Carrillo, 1936: 12), que, como hemos dicho, parte de esta edición, considera que dista mucho de ser una buena edición.

²⁹ A él los atribuyó por primera vez Astrana Marín, quien considera "un descuido el que hasta ahora no hayan entrado a formar parte de las obras de Quevedo" (Quevedo, 1943: 1416 y 1945: 452) y también de su autoría los considera Blecua (1981, son los poemas nº 271 y 272). Igualmente, K. Alfred Bühler (1983: 412) da por hecho que son de Quevedo.

³⁰ Esto es: 7. Soneto al túmulo *Si los trofeos al túmulo debidos* (seguramente de Quevedo); 8. Otro, al mismo *Vees las cenizas que en tan breve asiento* (quizá también de Quevedo); 9. Soneto del doctor Romero al retrato de escudo y armas de don Luis Carrillo, *Gran Capitán segundo, renacido*; 10. Soneto de Tomás de Cardeval (jurisconsulto, filósofo,

En definitiva, muchos son las personas que le hacen a D. Luis los últimos regalos. De Quevedo serían, repetimos, además del epitafio en latín, quizá, tres las composiciones³¹, en español y en verso, que Quevedo dedicó a don Luis Carrillo: un poema (una silva), al menos, es suyo con seguridad y dos sonetos cuya atribución no todos admiten; si bien son la reutilización de otros anteriores (uno de los cuales es a su vez traducción de Petrarca)³².

Si dejamos aparte los dos textos de su hermano, las demás composiciones que se hallan en los liminares de las ediciones de su obra fueron realizadas por amigos del escritor; ello es un indicio de que fue reconocido; gozó, en efecto, de la amistad de don Antonio de Monroy, don Luis Tribaldos, doctor Romero, Tomás de Cardeval y de nuestro Quevedo, además de la de otros³³, de quienes no hallamos testimonio en esta edición de su obra, pero que sabemos que mantuvieron relación con él³⁴. Por nuestra parte, nos unimos a ellos en el homenaje por medio de la atención que dedicamos al epitafio, comenzando con la fijación del texto.

natural de Baeza) a este libro de las Obras del señor don Luis Carrillo, *Dio Dios virtud a la ceniza helada*.

³¹ Además, recordamos, del soneto que le había ofrecido en vida, *Ansí sagrado mar...*

³² Uno (*Si los trofeos...*) lo había compuesto en 1604 para uno de los diplomáticos más prestigiosos de finales del XVI y que formaba parte de su círculo intelectual, Bernardino de Mendoza; para la versión dedicada a don Luis, apenas modificó los tercetos (cf. Quevedo, 1945: 451; Ettinghausen, 1972: 21; Bleucia, 1981: 271). El que comienza *Miré ligera nave...* lo había dedicado a un tal Juan, del que no se conoce nada, pero quizá era tío de Carrillo; es una imitación de Petrarca, que luego desarrollaría Mira de Amescua (cf. Quevedo, 1945: 449); de dicho poema se ha llegado a afirmar que es “el más bello poema funeral de don Francisco”, que más bien parece una canción lírica (cf. Ferrer, 1980: 237-238). La relación entre esta composición y la canción CCCXXIII del *Canzoniere* de Petrarca (“Standomi un giorno solo a la fenestra”) ha sido objeto de varios estudios; ya en 1998 el profesor Candelas (1998: 330) ponía de relieve el hecho curioso que supone que una composición amorosa haya dejado huella en una fúnebre y en un artículo más reciente (Candelas, 2016: 7) opina que el poema traduce o recrea a Petrarca (“actualiza el texto del poeta italiano con una aportación cristiana”, añadiendo alguna cosa como que la nave llega al cielo); también la profesora Ferrer (1980) trató la relación entre las dos composiciones.

³³ En el manuscrito de *España defendida* dejó constancia don Francisco de la amistad que le unía a don Luis Carrillo y a su hermano. Dice así la nota: “estos libros tiene el señor don Alonso Carrillo...”. La dedicatoria de esta obra, recordamos, lleva fecha de 1609; cf. García Soriano, 1926: 605-606.

³⁴ Se cuentan también entre los amigos del poeta Pedro de Valencia, don Diego de Saavedra Fajardo, el doctor Alonso Cano y Urreta, el licenciado Francisco Cascales; cf. García Soriano, 1926: 604-605 y Carrillo, 1936: 170-171. Además, Cristóbal Suárez de Figueroa (que pudo tomar a Carrillo como modelo en *El Pasajero*) y, al menos en su etapa estudiantil, don Lorenzo Ramírez de Prado (con quien intercambió en su etapa de estudiante cartas en latín; cf. Solís, 1998).

EL TEXTO

3. Contamos solamente con las dos ediciones antiguas (de 1611 y 1613) de la obra de Carrillo; nos son útiles también las ediciones modernas de Carrillo que lo incluyen (no todas lo hacen, solo lo hemos visto en las de M. Cardenal de Iracheta y Rosa Navarro Durán)³⁵, y las ediciones de Quevedo que contienen el epitafio (la de F. Janer, si bien solo parcialmente, la de F. Guerra con las adiciones de M. Menéndez Pelayo, la de L. Astrana Marín y la de F. Buendía)³⁶. Y no nos olvidamos de lo que ofrecen quienes, según hemos dicho, al estudiar el texto de Quevedo o la obra de Carrillo, presentan el epitafio o una parte de él³⁷.

Analizando los datos con los que contamos (especialmente, los que se hallan en 1611 y 1613) ofreceré mi edición.

El texto de las ediciones de 1611 y 1613 coincide, como suele ser habitual, en, prácticamente, todo³⁸. Aparte de usar una abreviatura diferente para *et*, de destacar o no (mediante cursiva o redonda) dos de las citas latinas o la manera diversa de indicar la procedencia del texto hebreo del libro de Job³⁹, las variantes que encontramos en estas dos primeras ediciones se limitan a lo siguiente:

1611	1613
<i>insoltus</i>	<i>insultus</i>
<i>in mare</i>	<i>in mari</i>
<i>Calamo</i>	<i>calamo</i>
<i>osibus</i>	<i>ossibus</i>
<i>accede</i>	<i>cede</i>
<i>hominibus ludunt</i>	<i>hominibus</i>
<i>Libitinam</i>	<i>libitinam</i>
<i>aprecari</i>	<i>precare</i>

Como puede apreciarse, son, la mayoría, variaciones muy poco significativas. Si exceptuamos la diversidad en el uso de mayúsculas (en

³⁵ Cf. Carrillo, 1946: 41 y 1990: 131.

³⁶ Cf. Quevedo, 1953: 572, 1903: 176, 1945: 1517 y 1981: II 1929-1930.

³⁷ Cf. García Soriano, 1926: 605, Rothe, 1965: 44-46, Tierno, 2011: 545.

³⁸ Los estudiosos consideran que el encargado de la segunda edición no dispondría de fuentes distintas; sencillamente “ordenó” de otra manera lo que don Alonso Carrillo había dado a la imprenta a toda prisa; cf. Carrillo, 1971: 91. Con todo, el resultado fue superior al de la primera, como consideró Dámaso Alonso y, por eso, él decidió partir de ella.

³⁹ En la 1ª edición, presenta en el cuerpo del texto que es de Job e indica con la letra *aleph* que pertenece al capítulo primero de ese libro; en la 2ª, se incluye en el margen una referencia más concreta (Iob 1.21).

Calamo y Libitinam) y la geminada (*osibus-ossibus*), quedan las siguientes: “modernización” del vocalismo de *insoltos* (*insultus* en 1613), la variante *mare-mari* (corregido en la 2ª), un verbo en imperativo con o sin preverbio (*accede-cede*) y la ausencia del verbo *ludunt* en 1613 (*hominibus ludunt* en 1611), omisión que parece más bien una errata. Pero hay una variante de suma importancia: frente a *aprecari*, de 1611, la segunda edición ofrece *precare*.

En las ediciones contemporáneas del poeta y en las que conocemos de las obras de Quevedo, así como en los trabajos sobre uno u otro⁴⁰, se suele seguir el texto que aparece en la edición de 1611, con algún cambio o adaptación en la puntuación, en las mayúsculas (*Calamo, Libitinam* y también *Divi Iacobi*), o en la referencia concreta al libro de Job y en cómo se presenta el texto hebreo⁴¹. Mas lo que me interesa destacar y que es, en parte, motivo de haber dedicado mi atención a estas líneas quevedianas, es que en todos ellos, ediciones o estudios, se edite sin decir nada de este término, *aprecari* (con geminada⁴², a veces)⁴³.

Ciertamente, si se mira el texto, la *lectio* de 1611, el infinitivo *aprecari* tenía difícil explicación; no se sabe qué función tiene en ese contexto, que es claramente impresivo; habría que entender un valor yusivo que no es muy frecuente y que no tiene paralelo en el texto de Quevedo. En cambio, la lectura de 1613, el imperativo *precare*, se adecua perfectamente al contexto, pues está coordinado con otros dos imperativos, *dilige* y *ama*. Es evidente que *precare* es la *lectio* correcta que debe elegirse. El fallo de la primera edición se corrigió en la segunda. Quienes vinieron después, pese a saber que la primera edición no había sido muy cuidada, prefirieron la *lectio*

⁴⁰ Reproducen algunos, como hemos señalado, solamente una parte del texto.

⁴¹ Algunas presentan distinción de redonda y cursiva (en la adaptación de la cita de Lucrecio -en el caso de la edición de Astrana hay indicación de que *vitae satur conviva recedo* está tomado de dicho poeta- y en la de Horacio), geminadas (*ossibus* y *aprecari*) o concretan más o menos la cita de Job (los editores de Quevedo señalan que el texto es de *Aleph*; Astrana indica la traducción al latín del texto hebreo).

⁴² Cf. Rothe (1965: 44-45.) y Carrillo (1990: 131).

⁴³ Y han sido muchas las ediciones de la obra de Carrillo y de Quevedo, y algún estudio sobre uno u otro que reproduce el epitafio (entero o una parte), consultados. De Carrillo, las de M. Cardenal de Iracheta (Carrillo, 1946: 41), y R. Navarro Durán (Carrillo, 1990: 131); de Quevedo, las de F. Janer (parcial, Quevedo, 1953: 572), F. Guerra con las adiciones de M. Menéndez Pelayo (Quevedo, 1903: 176), L. Astrana Marín (Quevedo, 1945: 1517) y F. Buendía (Quevedo, 1981: II 1929-1930); por otra parte, algunos fragmentos que se hallan en los trabajos, ya aludidos, de García Soriano (1926: 605), Rothe (1965: 44-46) o Tierno (2011: 545). Creía yo que en la edición de Dámaso Alonso encontraría *precare*, pero, aunque asegura que partió de la segunda edición (cf. Carrillo, 1936: 167), no incluyó en ella los liminares, entre los que se hallaba nuestro epitafio.

antigua (si bien solo con una antigüedad de dos años), sin duda, porque no dedicaron unos minutos para entender bien el texto latino.

En consecuencia, debe enmendarse, como hemos adelantado, esta lectura en las obras de Quevedo. Y así sería, por tanto, mi edición del *epitaphium*, en la que, como se puede apreciar, mantengo el arcaísmo en el vocalismo del verbo *adverto* (dos veces aparece), prefiero la geminada en *ossibus*, la mayúscula en *Libitinam* (no en *calamo*) y elijo *accede* en vez de *cede*. Igualmente mejoro la cita en hebreo⁴⁴. Como vengo repitiendo, lo más importante para mí es editar el imperativo *precare* de la segunda edición (y no el infinitivo *aprecari*), que no hemos visto que ningún autor moderno haya tenido en cuenta.

4. *Epitaphium D. Francisci Gomez de Quevedo D. Ludovico Carrillo*

Inveni portum. Spes et fortuna, valete

Quisquis vitae naufragio iactaris, siste et lapidem consule, et ipse lapis si siccis oculis, et advorte repentinos fati insultus.

Hic somno meo dormio Ludovicus Carrillo et vitae satur conviva recedo, qui paulo ante viva umbra fui, quid sum, advorte, quid eris, scies; lex est, non poena mori. Job, Aleph⁴⁵: נְתַן וַיְהִי לָקַח

Vixi, et quem dederat cursum fortuna peregi, in religione pie, in bello gloriose, in mari prospere, Divi Jacobi purpureum ense nobilis pectore gessi, miles manu, et corde, et loquutus sum calamo et lyra, nunc ossibus solutis, muto lapide et loquaci silentio loquor. Si vis, accede et ultima verba audi.

Vita brevis, gloria fallax, salus dubia, cura edax, divitiae infidae, vana nobilitas, peritura fama hominibus ludunt, tu, si aeternum nomen quaeris, secundam mortem timebis, viator: Christianam virtutem dilige: Et magna pars tui vitabit Libitinam; ama bonam mentem, aeternamque mihi requiem precare, dum cursu tuo eodem itinere me fugientem assequeris, somnus enim me fratri suo tradidit, anno 1610, aetatis 27. Dic bona verba, quaeso, pro lacte et floribus rite inferias persolvens⁴⁶.

5. Y esta podría ser la traducción:

⁴⁴ Expreso mi agradecimiento al P. Rafael Sanz, que se ha encargado de ello.

⁴⁵ *Dominus dedit, Dominus abstulit.*

⁴⁶ Hay varios ecos de autores clásicos o del Cristianismo, pero hay cuatro textos que se reproducen casi literalmente: LVCR. 3.952, VVLG. *Iob* 1.21, VERG. *Aen.* 4.653 y HOR. *carm.* 3.30.7.

Epitafio de don Fco. Gómez de Quevedo para D. Luis Carrillo

He llegado a puerto. Esperanza y fortuna, adiós

Tú, quienquiera que hayas sido arrojado al naufragio de la vida, párate y pide consejo a la piedra, incluso, aunque, piedra tú mismo, tengas secos los ojos; y presta atención a los repentinos vaivenes del destino.

Aquí yo, Luis Carrillo, duermo mi sueño y, como un convidado me retiro de la vida saciado⁴⁷, yo, que he sido hasta hace poco viva sombra; mira lo que soy, sabrás lo que vas a ser. Morir es ley, no castigo. *El Señor dio, el Señor quitó.*

He vivido y he recorrido la carrera que Fortuna me había ofrecido, con piedad en la religión, con gloria en la guerra, con viento favorable en el mar, he llevado la espada roja de Santiago, siendo noble, en mi pecho, siendo soldado, en mi mano y en mi corazón; y he hablado con el cálamo y con la lira; ahora, hablo por medio de mis huesos desunidos, por medio de la callada piedra y el elocuente silencio. Acércate, si quieres, y escucha mis últimas palabras.

La vida breve, la gloria engañosa, la salud insegura, los cuidados voraces, las riquezas pérfidas, la nobleza vana, la fama perecedera, burlan a los hombres; tú, caminante, si buscas un nombre eterno, temerás la muerte definitiva, elige las virtudes cristianas, *y gran parte de ti evitará a Libitina;* ama la buena mente y pide para mí el descanso eterno, mientras me alcanzas a mí, que estoy huyendo, en tu camino por el mismo itinerario, pues el Sueño me entregó a su hermano (la Muerte) en el año 1610, en el 27 de mi edad.

Tú, al ofrecerme honras fúnebres, en lugar de flores y leche, recita, por favor, oraciones.

BREVE COMENTARIO

6. Estamos ante un texto con el que Quevedo ha querido elaborar para su amigo un epitafio en latín, participe de una costumbre frecuente en su tiempo; aunque más habitual en verso, desde el siglo XVI se componen este tipo de inscripciones —o ejercicios literarios— combinando los modelos de la antigüedad con las creencias religiosas, los elementos clásicos con los cristianos⁴⁸.

⁴⁷ Literalmente, ‘saciado (o harto) de la vida, me retiro’; esto es, ha aprovechado todo lo que le ha dado la vida.

⁴⁸ El profesor Pascual Barea (1993: 742.746-747) analiza con detalle este tipo de composiciones.

Al leer este texto, a cualquier lector culto le vendrían y vienen a la cabeza textos de los clásicos; leemos incluso las mismas palabras: *conviva (re)cedo*, por ejemplo, puede llevarnos a Lucrecio u Horacio. Destacamos con el tipo de letra algunas palabras que se citan fielmente, pero en los otros casos ocurre algo semejante, sabe a sabido, se descubre al autor, aunque las palabras no sean idénticas.

Es evidente, pues, que lo que vamos a encontrar en esta composición parte de las lecturas de Quevedo, de su diálogo con los libros; de ellos nuestro humanista, como una abeja, ha ido libando y ha producido una miel diferente.

Serán muchas las relaciones intertextuales con la tradición clásica; serán varios los textos aparentemente tomados de un autor latino, pero en ocasiones detrás de él puede estar el que a ese autor sirvió como fuente⁴⁹. Muchos puntos en común con otros textos encontraremos, pero Séneca ocupará, sin duda, un lugar destacado⁵⁰; con este autor están relacionados algunos temas que hallaremos en el epitafio, tales como que, en lugar de en los bienes externos, hay que centrarse en los bienes espirituales, puesto que son fuente de sosiego y paz (López Gutiérrez, 2007: 311); así mismo, la condición efímera de la vida, un asunto que se compadecía bien con la temprana muerte del amigo⁵¹. En definitiva, la consideración constante de la presencia de la muerte (López Gutiérrez, 2007: 319 y Rey, 1997: 189-211), ya que, como en la composición se dice, esta no es un castigo (*poena*), sino una *lex*, idea que también está muy presente en el autor de *Corduba*⁵².

Igualmente, para un humanista cristiano es normal acudir a ideas y textos bíblicos o de la Patrística; no será, por tanto, raro hallar algunos ecos de la literatura cristiana. El hipotexto más evidente es el que cita en hebreo

⁴⁹ Como han reconocido Menéndez Pelayo o Borges, lo que encontraremos en Quevedo no es un autor concreto, sino alguna variación de temas que hallamos en Lucrecio, en Juvenal, Horacio, Persio... Cf. Herrera, 1981: 61-62.

⁵⁰ Son muchos los trabajos que han tratado cómo se refleja en Quevedo el pensamiento y el estilo de Séneca; así, González de la Calle, 1956, Rothe, 1965, López Gutiérrez, 2007, Ettinghausen, 2009 o Parada, 2022; además, aunque es una obra que aborda la presencia del cordobés en varios autores españoles, Bühler, 1983.

⁵¹ Cf. López Gutiérrez, 2007: 313. No podemos olvidar que también Carrillo tradujo *De brevitae vitae* de Séneca. Ya Ettinghausen (1972: 24) había puesto de manifiesto que subyacía esta versión de su amigo: "He may indeed have been thinking of his friend's translation as well as of his untimely death when he made him speak in this epitaph of life's brevity and the vanity of riches and worldly honour".

⁵² Un buen análisis de las "deudas" del epitafio con la obra de Séneca se halla en la obra de Arnold Rothe (1965: 44-46), quien, aunque más centrado en las deudas con el autor cordobés, alude también a otros vestigios de autores clásicos.

(VVLG. *Iob* 1.21)⁵³, pero también se perciben huellas de otros temas que aparecen, principalmente, en autores cristianos.

A pesar de todo, de los muchos vestigios que se reconocen y de lo que grandes estudiosos han puesto de manifiesto acerca de sus fuentes, no siempre es fácil saber exactamente en quién se inspiró; muchos de los tópicos⁵⁴ o de los temas que hay en el epitafio han sido tratados por otros autores del Renacimiento (Pascual, 1993) o del Barroco, y no siempre resulta sencillo, ni posible, rastrear la procedencia de lo que encontraremos; hay, a menudo, tratamientos intermedios de esos temas y Quevedo ha podido tomarlos de cualquiera de las épocas. Desconocemos cuál ha sido el proceso creativo en esta ocasión; si nuestro autor ha ido a los clásicos, si los ha citado de memoria o si le ha servido como base un texto visto en alguno de los lugares en los que se recogían.

Pero veamos en detalle el contenido del *epitaphium*, qué reminiscencias de otros textos descubrimos y cuáles son los recursos retóricos que utiliza para conseguir su propósito.

6.1. Comenzamos con *Inveni portum...*, el hexámetro que inserta Quevedo tras el título, que tiene que ver con la idea de comparar la muerte con una navegación al mundo de los muertos⁵⁵ y está presente también en la Canción fúnebre que el propio Quevedo dedicó a Carrillo (*Nave tomó ya puerto* dirá en el verso 69). El verso forma parte de un dístico que es la traducción de un texto anónimo de la *Antología Palatina* (9.49)⁵⁶, y lo

⁵³ “His deliberate fusion of Stoic and Christian elements is already to be found here in his combination of passages from Seneca and Job”; cf. Ettinghausen, 1972: 24.

⁵⁴ Acerca de los tópicos de la poesía sepulcral, además de los imprescindibles artículos de Bruno Lier (1903 y 1904) y de la tesis de Bleek (1907), pueden verse los trabajos de Socas, 1999, Lázaro, 2007 y Ponce, 2014; sobre este tipo de composiciones en el Renacimiento y el Barroco, cf. Blanco, 1986, Pascual, 1993, Louzado, 1998 y López Poza, 2008.

⁵⁵ Cf. Lier, 1903: 566 (*mors comparatur cum navigatione ad inferos*).

⁵⁶ *Ἐλπίς καὶ σὺ Τύχη μέγα χαίρετε τὸν λιμέν' εὖρον. Οὐδέν ἐμοὶ χ' ὑμῖν, παίζετε τοὺς μετ' ἐμέ.* Después, se encuentra en el epigrama 9.134. Sobre la pervivencia de lo que en este dístico se halla, puede verse Ruiz de Elvira, 1994, Rodríguez Pantoja, 2006 y Lázaro, 2009. La traducción se ha atribuido en algún lugar a Prudencio o se cree una traducción de Eurípides (cf. Rodríguez-Pantoja, 2006: 895), pero es más frecuente que se considere autor a algún humanista: Hugo Grotius (Lázaro, 2009: 1119), Benedictus Averanius (Donatus, 1775: 374), Eilhard Lubinus, Tomás Moro, Ianus Panonius y, sobre todo, G. Lilius Gyraldus (Rivinus, 1651: 1061, Cayley, 1808: II 267, Wellesley, 1899: 464). En las versiones cristianas, tras el primer verso, se alude a que el puerto es Cristo.

hallamos en latín en otros muchos lugares, con diversas variantes, donde es común que aparezcan *spes* y *fortuna* junto a *valete*⁵⁷.

El dístico, con alguna variante, tuvo gran éxito entre los humanistas y fue especialmente usado por fray Antonio de Guevara (Rodríguez-Pantoja, 2006: 895, Lázaro, 2009: 1113-1114 y Ruiz Arzalluz, 2013: 593) y durante los siglos XVII y XVIII (aparece en *Gil Blas de Santillana*: Rodríguez-Pantoja, 2006: 894-896 y Ruiz Arzalluz, 2013: 591-593); como parte de un epitafio está⁵⁸, por ejemplo, en la tumba del padre de Andrés Laguna (1557), médico de Julio III, en la iglesia de S. Miguel de Segovia⁵⁹.

6.2. El texto del epitafio de Quevedo va dirigido al posible lector (como es bastante habitual en este tipo de composiciones)⁶⁰, un *viator* (así se le denominará más adelante), a quien el principio del texto se dirige el emisor como una víctima del naufragio de la vida (*quisquis vitae naufragio iactaris*)⁶¹. A ese destinatario hablará el difunto a lo largo de todo el epitafio

⁵⁷ Sobre este hexámetro, cf. Ruiz de Elvira, 2001, Rodríguez-Pantoja, 2006 (especialmente, las páginas 893 en adelante, en que se halla un buen análisis del recorrido de este verso y el epigrama del que partió) y Lier, 1903: 449.469.472.

⁵⁸ También está en una de las columnas que sostiene el sarcófago de Petrarca (Ruiz Arzalluz, 2013: 590).

⁵⁹ En el que se contiene, claramente implícita, la verdadera esperanza en una vida mejor. Dice así este epitafio: *Inveni Portum. Spes el Fortuna valete./ Nil mihi vobiscum: Ludite nunc alios*. ‘Ya he llegado a puerto. Adiós esperanzas. adiós fortuna. Nada tengo que ver con vosotras. Burlaos ahora de otros’ (Ruiz de Elvira, 2001: 337).

⁶⁰ Los textos de las inscripciones sepulcrales suelen apelar a un *viator*, un *hospes*, un *iuvenis* o un *quisquis es*; cf. Lier, 1904: 168.

⁶¹ Dice Séneca (*dial.* 12, 9.3-4) que el único puerto seguro es la muerte: *Si velis credere altius veritatem intuentibus, omnis vita supplicium est: in hoc profundum inquietumque proiecti mare, alternis aestibus reciprocum et modo allevans nos subitis incrementis, modo maioribus damnis deferens adsidueque iactans, numquam stabili consistimus loco, pendemus et fluctuamur et alter in alterum illidimur et aliquando naufragium facimus, semper timemus; in hoc tam procelloso et ad omnes tempestates exposito mari navigantibus nullus portus nisi mortis est*. El tema es muy común en autores cristianos: está en Salvianus de Marsella (autor del siglo V que dice en *De gubernatione Dei*, 3s.: *Non enim ter tantummodo naufragavimus, quorum pene omnia vita naufragium est. In tantum quippe vitiose ab omnibus vivitur, ut prope nullus Christianorum sit qui non iugiter naufragare videatur*) o Alianus de Insulis (Alanus de Lille, autor del siglo XIII, en cuya obra *De complactu naturae*, se lee: *vita est naufragium, mundus exilium*). Y en el *Cándido* de Voltaire, *Ce monde-ci est un vaste naufrage*. Para los cristianos, la nave, por más que reme, no se ve libre de peligros ni de posibles naufragios. La idea se hizo luego muy famosa en el siglo XX de manos de Ortega y Gasset (cf. Tejada, 2003). Curiosamente, *naufragium vitae* es el sintagma que corresponde a la letra *N* en un “alfabeto” en el que se habla de la imperfección y la malicia de las mujeres (Olivier, 1617); es decir, constituye uno de los “piropos” a las mujeres; una idea cercana a lo que se halla en el Antiguo Testamento: *Hominem de mille unum repperi./ mulierem ex omnibus non inveni* (VVLG. *eccles.* 7.28), texto que aparece en la portada, la cual reza también: “Dedié à la plus mauuaise du monde”.

mediante frecuentes imperativos: *siste, consule, advorte, audi, accede, dilige, dic...* En esas órdenes, los primeros verbos utilizados son *sistere, consulere* y *advortere*⁶²; o sea, es necesario, pararse (*sistere*), aceptar el consejo (*consulere*) y prestar atención (*advortere*) a lo que esta piedra está transmitiendo⁶³.

El primer sintagma del epitafio, *vitae naufragium*, además de ser casi un tópico, está presente en autores tardíos como Fírmico Materno (*Math.* 6.29.1) o Amiano Marcelino (30.8.8). Pero la idea se encuentra, principalmente, en Séneca (*dial.* 12, 9.6).

El *viator* debe prestar atención a lo que esta lápida enseña, incluso, si sus ojos están secos; el sintagma *sicci oculi*, que aparece en Horacio (*carm.* 1.3.17: *Quem mortis timuit gradum/ qui siccis oculis monstra natantia*)⁶⁴, puede entenderse en dos sentidos: quizá aluda a que el receptor siente que no ha sido arrojado al mar, que no ha sido vapuleado por esas metafóricas olas, que, en resumen, no es un naufrago de la vida; mas, con mayor probabilidad, puede referirse al estado que presentan unos ojos que no derraman lágrimas⁶⁵. Hay dos indicios que nos hacen preferir este sentido: en primer lugar, el hecho de que sea un tópico el que en los sepulcros se pida que se llore la muerte de los difuntos; para ese ruego de que se manifieste el luto por el difunto, están atestiguados en la epigrafía los verbos *flere, lugere, lacrimari* o *misereri*, así como con el sustantivo *lacrimae* (en plural); y en ocasiones con la llamada *quisquis es* o similar⁶⁶. Y es un motivo adicional para esta interpretación el que al sujeto de esta oración se le llama *lapis*, un término que sugiere ese no manifestar mediante el llanto la conmoción ante la muerte de alguien; considerar a una persona *lapis* (como también *saxum* o aplicarle el adjetivo *saxeus*)⁶⁷ indica, sin duda, que se trata de alguien que no

⁶² Son tres las órdenes, uno de los números más frecuentes en la estructura de este tipo de composiciones; cf. Pascual, 1993: 736-737.

⁶³ Es muy común que los epitafios comiencen pidiendo al viandante que se detenga; cf. Bleek, 1907: 89-90 o Lázaro, 2007: 368.

⁶⁴ Aunque se trata un lugar para el que se proponen otras variantes.

⁶⁵ Los difuntos suelen pedir en sus epitafios que se llore por ellos (Bleek, 1907: 108).

⁶⁶ *Quicumque es, puero lacrimas effunde, viator; quisquis legis titulum lacrimas effunde frequentes; infunde lacrimas quisquis es mihi misericors; tu quoque flendus eris*, etc. Cf. Lier, 1903: 467.469. Estaba ya algo parecido en el epitafio de Solón, que transmite Plutarco y que encontramos en Cicerón (*Tusc.* 1.117) así traducido: *mors mea ne careat lacrimis*. El propio arpinate, al reproducir lo que estaba en Solón, se manifiesta en contra de lo que Ennio pensó para su tumba: *nemo me lacrimis decoret nec funera fletu/ faxit!*

⁶⁷ *Homines saxei* es sintagma que se encuentra en un poeta cristiano, Comodiano (*Carmen de duobus populis*): *Nemo petram subigit nisi solus ignis ad escam:/ Saxei sic homines mollescunt sero gehennae*. Y en el obispo Vegastus (s. IX) se lee: *Quis enim, rogo, tam saxei pectoris, vel quis tam ferinae mentis esse poterat, qui in his et de his non compungeretur, atque in dulcissimas lacrymas non deflecteretur?*

muestra sus sentimientos⁶⁸, que no se conmueve; semejantes a las rocas o descendientes de ellas fueron considerados, efectivamente, aquellos héroes de la mitología que con crueldad abandonaron a sus amadas (v. gr., Teseo o Eneas)⁶⁹ y así califica el profeta Ezequiel (VVLG. *Ezech.* 11.19 y 36.26) el corazón de quien hace oídos sordos al sufrimiento (*cor lapideum*). Se precisa un *cor* o un *pectus* que sea *saxeum*, *lapideum* o *ferreum* para no emocionarse ante el dolor: este es el tópico y a ello debe apuntar, sin duda, llamándolo *lapis*.

Y lo primero que la lápida enseña son los *repentini insultus fati*; el *fatum*, el destino, ofrece de repente vuelcos importantes; es el mensaje principal —y lo repetirá más adelante—: tú, que estás leyendo esto, hoy estás vivo, pero en un instante puedes pasar a mi condición. El sintagma *repentini fati insultus* se halla en Pseudolactancio⁷⁰.

6.3. Tras este necesario primer toque de atención, que ha presentado con polisíndeton y un políptoton (*lapidem-lapis*), en la segunda parte del epitafio Quevedo da la voz a quien está hablando, al protagonista; don Luis se presenta brevemente (*Ludovicus Carrillo* —dice) y manifiesta que duerme (el sueño eterno); se ha retirado —afirma (*recedo*)— de la vida como un invitado que se ha hartado de vivir; parece casi contradictorio, a pesar de tan *inmatura mors*, Carrillo se ha saciado, ha aprovechado su corta vida (ha hecho casi de todo, recordamos). Ahora —sigue diciendo el difunto— ya no está vivo, aunque hasta hace poco (*paulo ante viva umbra*) lo ha estado, como está quien ahora esto lee. Está hablando don Luis de su presente y de su pasado, y en esos tiempos están los verbos de este fragmento: *dormio* (*somno meo*), *recedo*, *sum* se oponen a *fui* (*viva umbra*). De nuevo, un imperativo al *viator*, para que extraiga la lección: *advorte*, estate atento, presta atención; el *viator* ha de tener en cuenta la situación actual de Luis Carrillo (*quid sum*), ya que él acabará de igual manera (*quid eris scies*)⁷¹; es un aprendizaje fácil, si mira el estado del difunto, dado que —concluye— la

⁶⁸ Cf. Ariadna o Dido, que consideran así a los hombres que las han abandonado.

⁶⁹ Así se queja Dido: *sed duris genuit te cautibus horrens/ Caucasus Hyrcanaeque admorunt ubera tigres* (VERG. *Aen.* 4.366-367) y *te lapis et montes innataque rupibus altis/ robora, te saevae progenere ferae* (OV. *Her.* 7.37-38). Y así lo hace Ariadna: OV. *epist.* 10.132: *Auctores saxa fretumque tui*; CATVLL. 64. 154: *quaenam te genuit sola sub rupe leaena*.

⁷⁰ *Carm. de pass.* 33; tomo el dato del diccionario de Gaffiot. En acusativo, como aquí, está en un epitafio del siglo XVI que veremos *infra*.

⁷¹ Son evidentes las similitudes con inscripciones antiguas; cf. *CIL* 11.6243: *Viator, viator! Quod tu es, ego fui; quod nunc sum, et tu eris* y Buecheler, 1895: 380 (nº 799): *q[uo]d sumus, h[oc] eritis, fuimus quandoque q[uo]d estis*.

muerte es ley (no un castigo: *lex non poena mori*). Y cierra el párrafo con un testimonio bíblico que evidencia cómo puede cambiar cualquier situación.

En la primera frase (*somno meo dormio*) aparece *somnum*; el sueño en el que uno se halla cuando está muerto (concepción cristiana) evoca otros usos de este sintagma con el verbo *requiescere*, fórmula habitual para aludir a la muerte; lo hallamos en la Sagrada Escritura (VVLG. *Iob* 3.13: *somno meo requiescerem*). Y ello está expuesto casi como hýsteron próteron, ya que, a continuación, cuenta que deja de vivir; y lo hace con lo que marcan algunas ediciones del *epitaphium* como una cita, *vitae satur conviva recedo*, una buena parte de un hexámetro de Lucrecio (3.952 *cur non ut plenus vitae conviva recedis*); un texto que refleja la imagen de la vida como un banquete que el hombre abandona saciado y satisfecho⁷²; idea presente también en Horacio (*sat.* 1.1.119 *cedat uti conviva satur*), además de en Séneca (*epist.* 61.4: *Satis instructa vita est, sed nos in instrumenta eius avidi sumus; deesse aliquid nobis videtur et semper videbitur: ut satis vixerimus, nec anni nec dies faciunt sed animus. Vixi, Lucili carissime, quantum satis erat; mortem plenus exspecto*). La cita constituye una de las ‘Apostillas’ de don Francisco a esta epítolas de Séneca⁷³, y lo volvió a usar Quevedo en una carta, de octubre de 1627, en latín, al famoso médico J. Jacobo Chifflet.

Viva umbra fui está en consonancia con *umbra sumus*, que se lee en Horacio (*carm.* 4.7.16) o con *umbras inter vivos* de Lucrecio (3.952). Y dice que ese fue su estado *paulo ante*, porque es esta una fórmula cara a nuestro autor: a menudo leemos en su obra “poco”, con lo que recalca la fugacidad⁷⁴.

Respecto al aserto de que la muerte no es una calamidad individual, sino una ley para todos (*lex est, non poena mori*), hay varios testimonios en Séneca⁷⁵ (*epist.* 7.7: *Omnia mors poscit: lex est non poena perire; epist.* 77.19: *invitus relinquo officia vitae, quibus fideliter et industrie fungor. Quid? tu nescis unum esse ex vitae officiis et mori?*⁷⁶; *nat.* 6.32.12: *Mors naturae lex est; dial.* 11, 13.3 *si ultimum diem non quasi poenam sed quasi naturae legem aspicias*), *Ag.* 233: *non est poena sic nato mori, Herc. O.* 929-931: *Quicumque misero forte dissuadet mori,/ crudelis ille est: interim*

⁷² Ha sido parafraseado por Montaigne (*Essais* 1.1, c. 20).

⁷³ Cf. Astrana, 1945: 1527. Vueltas a editar por Henry Ettinghausen (1972: 140-151); esta a la que nos estamos refiriendo es la n° 44; cf. Ettinghausen, 1972: 147.

⁷⁴ “Lo que es, como no era poco antes” (epístola a Serrano del Castillo) y otros ejemplos; cf. Balcells, 1980: 11.

⁷⁵ Uno de ellos, el de la *epist.* 77 (19) se encuentra en las anotaciones de Quevedo: *tu nescis unum esse ex vitae officiis et mori?*, que vierte como ‘¿por qué ignoras que es uno de los oficios de la vida, morir?’ (Ettinghausen, 1972: 147, n° 52).

⁷⁶ Lo cual estaba subrayado y traducido por Quevedo en su edición de Séneca; este es su añadido: “ojo siento dexar los oficios de la vida que huio, porque ignoras que es uno de los oficios de la vida, morir”; cf. Quevedo, 1945: 1528; González de la Calle, 1965: 323 y Ettinghausen, 1972: 147.

poena est mori./ sed saepe donum; pluribus uenia obfuit). Y también en la obra que él mismo tradujo, *rem. fort.* 2.1: *Morieris, ista hominis natura est non poena*⁷⁷ y 16.9: *mors, exsilium, luctus, dolor non sunt supplicia, sed tributa vivendi*⁷⁸.

Y esa inexorabilidad del fin de nuestra existencia es coronada con el conocido texto del libro de Job, en hebreo, que en la *Vulgata* reza: *Dominus dedit, Dominus abstulit*, o sea, *el Sr. lo dio, Él lo quitó*; lo cual incide en la transitoriedad de todos los bienes terrenales⁷⁹, o sea, insiste en lo que exponía en el comienzo del párrafo, que el destino puede cambiar las cosas de manera inopinada (*repentinos fati insultus*).

6.4. En lo que podríamos considerar la tercera parte del epitafio, el difunto habla de su vida⁸⁰, de su currículum, podríamos decir, en el recorrido que la fortuna le ha ofrecido. De nuevo se alude a la fortuna (*fortuna*), como en el primer fragmento, al hado (*fatum*)⁸¹: ella decide cuál es la duración de tu tiempo en el mundo de los vivos: el sustantivo *cursus* que aquí está referido al que ha realizado Carrillo, volverá a aparecer casi al final para aludir al del viandante (*cursu tuo eodem*).

Vixi, et quem dederat, cursum fortuna peregi, aunque no se indica en ninguna de las ediciones que es una cita, es un hexámetro virgiliano (*Aen.* 4.653); son palabras que pronuncia Dido inmediatamente antes de suicidarse; a continuación, la reina, como aquí hace D. Luis Carrillo, repasa hechos de su vida. Es un texto que se halla con frecuencia en Séneca (*dial.* 7. 19.1, *benef.* 5.17.5, *epist.* 12.9).

Hace el difunto un repaso de sus hazañas: se reconoce piadoso (*in religione pie*), buen marinero (*mari prospere*), exitoso soldado (*in bello*

⁷⁷ Es corriente en los epitafios; Lier (1903: 451 y 586) lo señala entre los *Topica* (*mors non poena hominibus est, sed lex naturae*), y reproduce esta cita de *rem. fort.* Lo vemos, por ejemplo, en un epitafio del historiador segoviano Diego de Colmenares, dedicado a su ilustre paisano José de Solís (fallecido en 1592): *Qui leges docui vivens mortalibus aequae/ hic mortis legem mortuus en doceo./ lex est; non poena mori./ ex vita mors: ex morte vita./ qui in Domino moriuntur./ in Domino resurgunt./ vade viam vide*.

⁷⁸ El profesor Lázaro (2007: 370-371) menciona este tópico de aludir a la inexorabilidad de la muerte en los epitafios latinos.

⁷⁹ Si bien, como se sabe, en el texto bíblico se alude a la fugacidad de lo que uno posee, como hacienda, familia, salud, que es lo que le ha sido arrebatado a Job, y no se refiere, precisamente, a la vida.

⁸⁰ Era bastante común desde la antigüedad que el difunto expusiera datos autobiográficos; cf. Lázaro, 2007: 373.

⁸¹ En Séneca *fatum* y *fortuna* aparecen alguna vez como sinónimos (cf. *SEN. epist.* 2.16.4). Por otra parte, él equipara la fortuna con el Dios providente, lo cual se observa con claridad cuando incluye el texto virgiliano (en *epist.* 1.12) que aquí reproduce Quevedo; cf. Rodríguez Fernández, 1997: 312.315-316.

glorioso, miles), de la nobleza (*nobilis*) y escritor (*calamo et lyra loquutus sum*), y da cuenta también de que ha sido caballero de la orden de Santiago (*Divi Iacobi purpureum ense*)⁸². En primer lugar, en una construcción de tres elementos, se describen otras tantas facetas importantes de la vida del que se está retratando, esto es, lo que concierne a su relación con la divinidad (*religio*), su vida en la guerra (*bellum*) y en el mar (*mare*), un tricolon bastante común⁸³, que presenta en perfecto paralelismo. Acompañan a esos sustantivos tres adverbios que pertenecen a junturas usuales con ellos: *pie* para *religio*, *glorioso* para *bellum* y *prosperare* para *mare*. En cuanto al primero, la *pietas* y la religión (*pius* y *religio*) se presentan unidas, sobre todo, en los escritos de cristianos o sobre cristianos; *religione pius* suele ser una de las cualidades con las que se adornan las descripciones morales de una persona⁸⁴. También la unión *bellum* y *gloria* es harto frecuente; está, v. gr., en los *Fastos* de Ovidio (1.174, *tu ducibus bello gloria maior eris*) o en Vitruvio (1.5, *glorioso bello*). Y el adjetivo *prosperus* (o el adverbio de él derivado), que vemos en *in mari prospere*, es, con frecuencia, usado para la navegación; está atestiguado, por ejemplo, en algunos historiadores (LIV. 23.13.3: *Nunquam terra marique magis prosperae res nostrae visae sunt quam ante*; con *gessi*, como aquí, en TAC. 2.49.1: *C. Duilius struxerat, qui primus rem Romanam prospere mari gessit triumphumque navalem de Poenis meruit*).

Respecto a la insignia de la orden de Santiago, *ensis purpureus* (*Divi Iacobi purpureum ense*) aparece, como es lógico, en muchos textos de esta época, pero la juntura, sin que sea, evidentemente, aplicable al santo, estaba en textos antiguos, como en Persio 3.40-41, que está referido a la espada de Damocles (*et magis auratis pendens laquearibus ensis/ purpureas subter cervices terruit*). Y, de nuevo con tres elementos, expresa dónde ha sido portador de dicha insignia: *pectus, manus, cor*.

La narración de los hechos de su existencia, en perfecto (*vixi, peregi, gessi*, y después *loquutus sum*), contrasta con lo que ocurre *nunc*, lo que se formula en el final del fragmento, en el que se pasa al presente (*loquor*), para informar de lo que con este epitafio está comunicando: frente a los instrumentos (dos) que le sirvieron para comunicarse en vida, en su tarea de escritor, esto es, el *calamus* y la *lyra*, se ofrecen en oposición, en grupo de tres, los medios que le son útiles para hablar en su situación actual: *ossa*

⁸² Los méritos del difunto acostumbra a referirse en los epitafios del Renacimiento; cf. Pascual, 1993: 728 y Blanco, 1986: 184-185; sin que falten, así lo afirma la profesora Blanco, los méritos militares (Blanco, 1986: 188-189).

⁸³ También su hermano Alonso hace mención de tres aspectos de su vida en el epitafium que le dedica: *olli Micti virtute, bello, pace, religione*.

⁸⁴ Además, es sabido, el *pius* clásico por excelencia, Eneas, posee esa cualidad por su actitud con los dioses (junto con la que manifiesta hacia sus padres y su patria).

soluta, mutus lapis (en quiasmo, estos dos complementos) y *loquax silentium* (un oxímoron cuyo adjetivo es de la misma raíz que el verbo al que acompaña); en definitiva, D. Luis se expresa ahora por medio de sus huesos ya descoyuntados, una lápida muda y el silencio hablador; y califica el estado de sus *ossa* con el participio de uno de los verbos habituales para describir la situación de los huesos de una persona muerta, que son *solvere* y *dissolvere*; el primero lo vemos en una traducción latina de un texto de Leónidas de la *Anthologia Graeca* (*non lapis incumbens tantum, sed et ossa soluta*) o en Valerio Flaco (3.383, *solvimur ossa*) y, desde luego, es muy habitual en Séneca (*nat.* 3.29.4, *viscera solvuntur*). Por lo que concierne a *loquor*, constituye un tópico que se use en las inscripciones sepulcrales para expresar lo que dicen la tumba o el muerto; lo muestran textos como *neu fuge si tecum coeperit umbra loqui* (Bleek, 1907: 41; Buecheler, n° 1098) y *mortuus et viator loqui videntur* (Bleek, 1907: 97; Buecheler, n° 242), y se halla así mismo en Catulo (101.4): *et mutam nequiquam adloquerer cinerem*.

Concluye este fragmento con la invitación a que quien está leyendo reciba lo que, con esos recursos, el difunto comunica (*si vis, accede et ultima verba audi*); pasa, pues, para ello, de nuevo al imperativo: que se acerque y que escuche (dado que el difunto le está hablando). Y lo que debe oír, *ultima verba*, es sintagma muy presente en textos clásicos; podemos mencionar los de Ovidio (*fast.* 1.184: *sed tetigi verbis ultima verba meis*, *fast.* 1.366: *addidit haec dictis ultima verba sui*, y *met.* 13.469-470: *siquos tamen ultima nostri/verba movent oris*), Valerio Flaco (3.155-156: *ille manu contra telum tenet ultima frustra/verba ciens fixamque videt decrescere cornum*) y Silio Itálico (16.543-544: *superaddita saevis/ultima vulneribus verba*).

6.5. En la siguiente parte del epitafio introducirá Quevedo los elementos de la religión cristiana, pero antes presenta el engaño que padecen los hombres (*hominibus ludunt*) por culpa de unos bienes que solo lo son en apariencia, pues son poco fiables: lo refleja don Francisco con seis sustantivos en asíndeton que van acompañados de sendos adjetivos (colocados detrás en los cuatro primeros y delante en los dos últimos) que hacen que tales anhelos humanos se tornen negativos.

Casi todos los sintagmas con que se alude a esas cosas que representan engaños para la especie humana están atestiguados en textos antiguos⁸⁵; el

⁸⁵ En Séneca hallamos con frecuencia que los hombres se ven atraídos por unos bienes que solo les causan problemas; cf. *dial.* 12, 9.3s.: *Omnia ista bona, quae nos speciosa sed fallaci voluptate delectant, pecunia, dignitas, potentia aliaque complura, ad quae generis humani caeca cupiditas obstupescit, cum labore possidentur, cum invidia conspiciuntur, eos denique ipsos, quos exornant, et premunt; plus minantur quam prosunt; lubrica et incerta sunt, numquam bene tenentur; nam ut nihil de tempore futuro timeatur, ipsa tamen magnae felicitatis tutela sollicita est*. Pero también es común en el Cristianismo; san Pablo suele

primero, *vita brevis*, amén de ser un sintagma muy común, puede estar sugiriendo la traducción de Carrillo de *De brevitae vitae*. *Gloria fallax* se halla en un poeta francés del siglo XIII, Gualterus de Castiglione (*Alexandr.* 3, 536); y es una idea que estaba ya en la *Andrómaca* de Eurípides (318-319: Ὡ δόξα δόξα, μῦρῖοισι δὴ βροτῶν/ οὐδὲν γεγῶσι βίοτον ὄγκωσας μέγαν), pero cobra nuevo sentido a la luz del Cristianismo. En Ovidio (*met.* 15.438) hallamos *salus dubia*; y en las *Odas* de Horacio aparece *cura* con igual adjetivo que aquí, *edax* (*carm.* 2.11.18: *dissipat Euhius/ curas edacis*).

Así pues, dado que *vita*, *gloria*, *salus*, *cura*, *divitiae*, *nobilitas* y *fama* no pueden satisfacer a los hombres, no ofrecen ninguna seguridad, conviene buscar lo imperecedero, lo eterno (*si aeternum nomen quaeris, secundam mortem timebis, viator*); e introduce con imperativos (*dilige, ama, precare*, en número de tres, nuevamente) elementos de la religión cristiana, exhortaciones todas que tienen relación con lo que el Cristianismo indica acerca de la vida eterna, o sea, con la forma de evitar la muerte para siempre; y ese esquivar la muerte definitiva viene expresado con un conocido verso en el que aparece un nombre pagano, como sinónimo de la muerte: *Et magna pars tui vitabit Libitinam*, cita horaciana (*carm.* 3.30.7), que había usado antes (1604) Quevedo en una carta a Lipsio.

Lo que don Luis está proponiendo a su destinatario es que aproveche su recorrido en esta vida (mientras sigue los pasos de quien le habla, *curso tuo eodem itinere me fugientem assequeris*), para intentar escaparse de esa muerte para siempre (*secundam mortem*), mediante la práctica de las virtudes cristianas (*Christianam virtutem dilige*), el amor a la *bona mens* y el ruego, para quien le está hablando, del descanso eterno (*aeterna requies*). Como se aprecia, el léxico está al servicio de esa religiosidad cristiana a la que le incita: por dos veces encontramos el adjetivo *aeternus* (*aeternum nomen, aeterna requies*), que contrasta con la *mors secunda*; otros elementos de sus exhortaciones tienen también relación con la moral cristiana: por supuesto, la *virtus Christiana*, pero también la *bona mens* (*ama bonam mentem*), un sintagma que abunda en las obras de Séneca⁸⁶, presente en

exhortar a que se aspire a los bienes eternos, en lugar de dejarse llevar por los atractivos mundanos (cf. VVLG. *Col.* 3.1-2). Recordamos que este tipo de coincidencias entre Séneca y las enseñanzas paulinas ha llevado a pensar que quizá se hizo cristiano al final de su vida; cf. Rodríguez Fernández, 1997: 331. Se tuvieron como ciertas unas cartas apócrifas que habría intercambiado con el apóstol y se dio por supuesto que fue cristiano, pero a partir del Renacimiento se desestimó la idea; cf. González Luis, 1997: 413-415. Sí parece cierto que entre Séneca y san Pablo hubo una relación de amistad; cf. Bühler, 1983: 465.

⁸⁶ Es muy frecuente; pueden citarse *epist.* 10.4 (donde también es complemento de *rogare*), 73.16 o 110.1. Para Séneca, la *bona mens* es un estado virtuoso de la mente, al que le otorga un carácter de estar en paz con uno mismo, casi cercano, podríamos decir, a lo que sugiere, por ejemplo, Dalai Lama.

Persio 2.8 (*mens bona*) o Propertio 3.24.19 (*Mens Bona*); igual que, por el contrario, hallamos *mala mens* en Catulo (15.14).

Y la idea de que quien está vivo seguirá a los que ya han muerto, según va a ocurrir al *viator* respecto a don Luis (*dum cursu tuo eodem itinere me fugientem assequeris*), recuerda lo que se halla en el opúsculo que el propio Quevedo tradujo (*rem. fort.*1.3): *Morieris. Nec primus, nec ultimus. Multi me antecesserunt, omnes sequentur.*

La alusión a la muerte como hermana del sueño (*somnus enim me fratri suo tradidit*) está también en una de las tragedias de Séneca: cf. *Her. f.* 1069: (*Somnus*) *frater durae languide Mortis*⁸⁷.

Y, antes de terminar, indica en este fragmento en qué año y a qué edad ha tenido lugar su óbito (*anno 1610, aetatis 27*), o sea, la fecha en la que el *Somnus* lo ha entregado a su hermana, cuyo nombre no se menciona (*Mors*).

En la conclusión del epitafio el difunto pide cosas para sí; hace al receptor de su mensaje una solicitud relativa a la manera de honrarlo después de muerto (*rite inferias persolvens*): no le importan —apunta— la leche ni las flores⁸⁸, sino las palabras que en su sepulcro pronuncie; una petición que le indica con un imperativo (*dic*), atenuado en esta ocasión con *quaeso*. Esas *bona verba* que don Luis demanda (*Dic bona verba quaeso*) son propias de los sacrificios bien hechos; para evitar un mal agüero (*malum omen*) es preciso *bene dicere* o *bona verba dicere*; por tanto, *bona verba* son palabras de buen augurio, que se oponen a *ominosa verba loqui*, indicio siempre de que un sacrificio está mal hecho. Encontramos testimonios en Tibulo (2.2.1: *bona verba dicamus*) o Terencio (*Andr.* 204: *bona verba, quaeso*), así como en muchos textos de Cicerón. Es evidente que en el siglo XVII las buenas palabras que pediría don Luis, máxime, teniendo en cuenta su biografía, serían oraciones⁸⁹, y así hemos traducido.

En cuanto a *persolvere inferias*, es también una juntura frecuente para este “ritual”; hay ejemplos (aunque sin preverbio en la forma verbal) en la *Eneida* (VERG. *Aen.* 7.5: *exsequiis rite solutis*) y, como de casi todo, en Séneca (*Phaedr.* 1198: *cruor sancto solvit inferias viro*).

En definitiva, aunque solo son tres las citas clásicas de cierta longitud que están presentes (Lucrecio, Horacio, Virgilio)⁹⁰, además de la del libro de Job, son muchísimos los sintagmas que evocan lugares de la literatura

⁸⁷ A pesar de que Quevedo no llega a nombrarla, es habitual que se aluda al personaje de la muerte, ya que para el hombre del Barroco es casi una obsesión; cf. Pascual, 1993: 734.

⁸⁸ Que el difunto pidiera flores al *viator* era común en inscripciones antiguas, cf. Bleek, 1907: 106-107.

⁸⁹ Un tópico del epitafio de la época; cf. Pascual, 1993, 735.

⁹⁰ LVCR. 3.952 *vitae satur conviva*; VERG. *Aen.* 4.653: *vixi et quem dederat cursum fortuna peregi*. HOR. *carm.* 3.30.7, *magna pars tui vitabit Libitinam*.

antigua y no solo de Séneca. Y con todos esos materiales que alberga en su mente ha creado este hermoso epitafio.

El epitafio está en prosa, no hemos advertido ni siquiera cláusulas métricas, y está compuesto por oraciones muy breves⁹¹, que dan agilidad a todo lo que el texto transmite. Hay abundantes elementos retóricos; algunos ya mencionados: construcciones de dos o tres elementos, quiasmos, paralelismos, políptotos (*lapidem-lapis-lapide, vitae-viva-vixi, cursum-cursu, mori-mortem, loquutus-loquor-loquaci, aeternum-aeternam*), también —como es lógico—, los contrastes originados por la apelación a un receptor, reflejados en los pronombres (*tu, cursu tuo /vs/ sommo meo, mihi, me fugientem*) y en la persona de las formas verbales (además de los imperativos *siste, consule, advorte, accede, audi, dilige, ama, precare* y *dic*, encontramos *iactaris, eris, scies, vis, quaeris, timebis, assequeris /vs/ dormio, recedo, fui, sum, vixi, peregi, gessi, loquutus sum, loquor, quaeso*). Se reconocen numerosos tópicos⁹², el principal, la prosopopeya: es habitual, que hable el difunto o su túmulo; el *viator* u *hospes* es invitado a detenerse, escuchar y aceptar los consejos que se le dan; está presente la invitación a reflexionar, a caer en la cuenta, fundamentalmente, de que esta vida terrenal es muy fugaz.

7. En conclusión, estamos ante un texto de Quevedo que, ante la muerte del amigo, ha realizado una *laudatio*, pero ha ofrecido mucho de lo que suele ofrecerse en las composiciones de este tipo: la muerte, que se presenta como ley, es también consecuencia del *fatum*, del destino, de los *repentini fati insulti*, como también, e introduce otro término, la vida depende de la fortuna. Es la explicación de la *inmatura mors* del amigo.

Séneca está detrás de mucho de lo que aquí encontramos, en los temas y en el modo de expresarlo⁹³; entre los temas senequianos, observamos el de que toda vida es un naufragio, del que uno se va de ella, habiéndola vivido con plenitud y saciado, que esa vida, en cuyo recorrido unos siguen a otros, es breve (tal ha sido la del propio muerto, quien, por cierto, tradujo —lo hemos dicho— el *De brevitae vita*), que la muerte es una ley (no un

⁹¹ Es el estilo habitual en los textos epigráficos; cf. Sandys, 1919: 189.

⁹² Si bien no están presentes todos los que podrían encajar en el asunto de este epitafio; por ejemplo, nada en el léxico utilizado alude a que se trata de alguien que ha fallecido joven; sobre los elementos léxicos utilizados en epitafios referidos a quien muere tempranamente, cf. González Ovies, 1989.

⁹³ Acerca de este epitafio, de forma unánime los estudiosos consideran que es innegable la influencia de Séneca: dice Ettinghausen (1972: 24): “a rare and early example of his ability to imitate Seneca’s Latin”; Bühler (1983: 413) reconoce que está “compuesto en un latín senequiano”, y Samuel Parada (2022: 338) afirma que la principal fuente en el latín de Quevedo es Séneca.

castigo), que son extremadamente inciertos y origen de problemas los bienes por los que los hombres se afanan, mientras que los bienes espirituales proporcionan al ser humano gran sosiego. No obstante, se ha esforzado en imprimir una dimensión cristiana a la visión más funesta de la muerte; presenta, por ejemplo, la *fortuna* (y el *fatum*) con un sentido que se aproxima al de Dios de los cristianos⁹⁴.

Como demuestra en otras obras, Quevedo no es solo un neostoico (Ettinghausen, 2009), sino un neostoico cristiano, al que se ha denominado “Séneca cristiano”⁹⁵ o “humanista cristiano” (López Poza, 1997). No ha omitido sintagmas como *aeternum nomen, secunda mors* o *requies aeterna* o la alusión a la muerte como *dormire somno*; y abiertamente ha mencionado la *Christiana virtus*. Sin embargo, combina todo ello con elementos más profanos, como la idea de que la Muerte es hermana del Sueño, o la referencia a Libitina, deidad relacionada con la muerte que se halla en el verso horaciano que ha citado.

No podían faltar estas notas cristianas es un texto dedicado a quien, como muestra su biografía, tan profundamente observó esa religión.

Quevedo ha partido, para la realización de esta obra, de muchos materiales; ciertamente, ha hecho una reutilización de ellos, pero ha sido suya la artesana labor de unirlos, de modo que ha presentado un texto que, aun con todos esos elementos de que parte, resulta un texto original; quiso componerlo en latín, quizá solo para manifestar y hacer ostentación de sus conocimientos de esa lengua, pero es posible que le alentara el deseo de dar mayor lustre a aquello que iba a dedicar a su culto amigo y que, sin duda, permitiría que tuviera una mayor difusión, pues podría acceder a él más gente.

Este texto no nos aporta muchos datos sobre los conocimientos de latín de Quevedo. Hasta es probable que muy pocos sintagmas sean totalmente originales de Quevedo. No obstante, tal vez su mérito, insistimos, haya sido mezclarlos, ensartarlos hasta obtener un epitafio en el que homenajea a su amigo, en el que aúna elementos de su admirado Séneca y elementos cristianos, y en el que no faltan los tópicos de las composiciones sepulcrales o del epitafio neolatino y la huella de otros autores de la literatura grecolatina y de algunos textos del Cristianismo. Y tampoco ha descuidado Quevedo la forma, sus frases cortas, las construcciones de dos, tres o más elementos y algunos recursos retóricos con que se adorna el texto lo hacen digno ejemplo de las composiciones de este tipo que tenían lugar en su tiempo.

⁹⁴ Desde luego, su modelo, Séneca, se muestra monoteísta, aunque no abiertamente; cf. Rodríguez Fernández, 1997: 308.

⁹⁵ Así lo consideró Lope de Vega; cf. Parada, 2022: 337.

Quiero acabar con una duda.

Quevedo ha levantado un monumento con materiales “antiguos”, que podía tener en su prodigiosa memoria; añadiría ideas personales o menos dependientes, pero también haría uso de otras que podían proceder de obras de referencia o de algún escritor anterior. No sería raro. Es muy probable que así fuera y que existieran muchos lugares a los que pudo acceder; nos hemos encontrado con dos textos interesantes, uno anterior y otro posterior al suyo.

El primero es una de las composiciones dedicadas al sepulcro de Guilielmus Assonlevillus⁹⁶, un humanista belga fallecido en 1597 a los 32 años. Dice así:

D.O.M. Advorte, viator, repentinos fati insolto et lachruma. Hic iacet Willelmus Assonlevillaeus, cuius casus occasus est familiae. Adulescens certe optumus, praeter saeculum pius, praeter aetatem probus et frugi. Qui parenti seni longaevo charusissimus, incredunda reverentia senilem oblectabat canitiem. Patris solamen, domus columnen, et gentis tutamen suae. Duxerat is non pridem claram et castam virginem ad subsidium domus labentis. Recens maritus, recens pater, recens dominus, futurus brevi paterfamilias. E ecce, rapidus fatorum vortex intra triduum tot spes intercipit et vorat. O saevitiam! Nam Willlmum mors conficit, sic familia deficit, reliquos moeror et amaror interficit certe lachrumabiles. Quid tam anxie liberos quaerimus? Vivi, nos metu; mortui, nos luctu exenterant. Maestum reliquit parentem, uxorem lachrumantem, pupulam vagientem. Funde viator bona verba pro lacte et floribus, rite inferias persolvens. Vale (Meyer, 1599: 18-19).

Estas coincidencias no necesitan ser explicadas.

El segundo es un epitafio para un obispo bracarense, que así reza⁹⁷:

Illustrissimi ac Reverendissimi D. D. Gondisalvi de Moraes Pimentelum, Episcopi Portugalensis corpus hic iacet. Qui ex nobilitate primaria ad Religionem primam Divi Patriarchae Benedicti gloriose assumptus; et ex ipsa Benedictina familia ad Episcopatum Portugalensem merito evectus virtutum modestia florens, in ipsa Religione Primus, in Episcopatu nulli secundus, Doctrina, Prudentia, Autoritate, Constantia vixit; et quem dederat cursum fortuna peregit. Quisquis vitae naufragio iactaris siste, et Lapide consule, & ipse Lapis si siccis oculis. Non honor, dignitasve, sed merita prosunt. Vera posteritas Aether est. Ibi mens nostra, quia illuc noster

⁹⁶ Guillaume d' Assonleville, autor de *Atheomastix siue Adversus religionis hostes uniuersos (politicos maxime) dissertatio* (1598), y de dos obras más publicadas en 1589 (Antuerpiae), *Declamatio quodlibetica* y *Oratio Panegyrica de Annuntiatione B. Virginis Mariae*; cf. Sweert, 1628: 298-299.

⁹⁷ Para el texto parto de lo que se halla en Argáiz, 1675: 209, pero corrijo alguna lectura, tomando como referencia lo que se reproduce en Pereira, 1918: IV 57.

migrauit. Nam obiit XX die Octobris, anni Rēdemptionis Dominicae M. DCXVII. Perge et illi bene adprecare.

Se trata de D. Gonzalo de Morales, obispo de Oporto fallecido en 1617, en el que, como se aprecia, encontramos un par de líneas idénticas a las de este texto de Quevedo. Según la fecha, su autor, Pantaleón Scabra y Sousa (insigne humanista, amigo del obispo, Pereira, 1918: 57), pudo conocer el epitafio a Carrillo, pero también es posible que ambos estén bebiendo de una fuente común; desde luego, era muy conocida la parte que reproduce las palabras del inicio del discurso de la reina Dido, cuando se prepara para el suicidio. Y, como vemos, en este epitafio se pone a continuación lo que se halla en el comienzo del dedicado a don Luis (*Quisquis vitae naufragium... oculis*). ¿Había sido leído Quevedo? ¿Hubo una fuente común para ambos?

Las dudas sirven para seguir buscando; con todo, es momento de poner el fin.



Bibliografía

- Alonso Veloso, María José, “El discurso fúnebre de Quevedo a la muerte del rey Gustavo Adolfo de Suecia: nuevos datos y manuscritos”, *Neophilologus*, nº 107 (2023), pp. 201–224.
<<http://hdl.handle.net/10347/30846>>.
- Alonso, Dámaso, “La poesía de don Luis Carrillo”, en *Estudios y ensayos gongorinos*. Madrid, Gredos (1955), pp. 395-412.
- Alonso, Dámaso, “La santidad de don Luis Carrillo”, en Dámaso Alonso, *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas: (notas y artículos a través de 350 años de letras españolas)*, 2ª ed., Madrid, Gredos (1968b), pp. 64-74.
- Alonso, Dámaso, “Para la biografía de don Luis Carrillo”, en Dámaso Alonso, *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas: (notas y artículos a través de 350 años de letras españolas)*, 2ª ed., Madrid, Gredos (1968a), pp. 55-63.
- Argáiz, Gregorio de, *La soledad laureada por San Benito y sus hijos en las Iglesias de España. Theatro monastico de la provincia bracharensis, compuesto por el P.M. fr. Gregorio de Argaiz, chronista de la religión de S. Benito*, tomo tercero, Alcalá, Francisco García Fernández, 1675.

- Balcells, José María, “De la nada a la poquedad (Variaciones sobre un tema ascético en la literatura del Siglo de Oro)”, *Monteagudo*, nº 69 (1980), pp. 5-12.
- Balcells, José María. “Quevedo, traductor del griego”, *Scriptura*, nº 4 (1988), pp. 35-41.
<<https://raco.cat/index.php/Scriptura/article/view/94199>>.
- Bühler, Karl Alfred, *Séneca en España*, versión española de Juan Conde. Edición corregida y aumentada. Madrid, Gredos, 1983 (ed. original, 1969).
- Blanco, Mercedes, “L’*épitaphe* baroque dans l’oeuvre poétique de Gongora y Quevedo”, en *Les formes breves: Actes du Colloque International de La Baume-Les-Aix, 26-28 novembre 1982*, édité par Benito Pelegrín, Aix en Provence, Université de Provence (1986), pp. 179-194.
- Bleek, Gerrit Willem van, *Quae de hominum post mortem condicione doceant carmina sepulcralia latina*, Rotedorami, T. de Vries, 1907.
- Buecheler, Franz, *Carmina latina epigraphica*, conlegit Franciscus Buecheler, Lipsiae, In Aedibus B. G. Teubneri, 1895.
- Candelas Colodrón, Manuel Ángel, “Nota sobre la Canción fúnebre en la muerte de don Luis Carrillo y Sotomayor de Quevedo: una traducción de Petrarca”, en *Researchgate*, 2016.
- Candelas Colodrón, Manuel Ángel, “Petrarca en Quevedo”, *Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro (AISO), (Alcalá de Henares, 22-27 de julio de 1996)*, María Cruz García de Enterría, Alicia Cordon Mesa (eds.), Universidad de Alcalá, Editorial Universidad de Alcalá, vol. 1 (1998), pp. 329-340.
- Carrillo de Sotomayor, Luis, *Poesías completas*, edición de Dámaso Alonso, Madrid, Signo, 1936.
- Carrillo y Sotomayor, Luis, *Obras de don Luys Carrillo y Sotomayor, caballero de la Orden de Santiago, Comendador de la Fuente del Maestre, Quatralvo de las Galeras de España, natural de la Ciudad de Cordova*, Alonso Carrillo (editor), en Madrid, por Juan de la Cuesta, 1611.
- Carrillo y Sotomayor, Luis, *Obras de don Luys Carrillo y Sotomayor, caballero de la Orden de Santiago, Comendador de la Fuente del Maestre, Quatralvo de las Galeras de España, natural de la Ciudad de Cordova*, en Madrid, por Luyz Sanchez, 1613.
- Carrillo y Sotomayor, Luis, *Libro de la erudición poética*. Edición de Manuel Cardenal Iracheta. C.S.I.C., Instituto “Nicolás Antonio”, Madrid, 1946.

- Carrillo y Sotomayor, Luis, *Obras*, ed. de Rosa Navarro Durán, Madrid, Castalia, 1990.
- Carrillo y Sotomayor, Luis, *Poesie. I, Sonetti*, introduzione, testo, traduzione e commento a cura di Fiorenza Randelli Romano, Firenze, Ed. Messina, 1971.
- Cayley, Arthur, *Memoirs of Sir Thomas More: With a New Translation of His Utopia, His History Of King Richard III, And His Latin Poems*, 2 vols., London, 1808.
- Ciocchini, Héctor E., “Quevedo y la construcción de imágenes emblemáticas”, *Revista de Filología Española*, vol. 48, fasc. 3-4 (1965), pp. 393-405.
- Conde Parrado, Pedro, “*Argutae et Litteratae*: Una nueva mirada sobre el intercambio epistolar entre Francisco de Quevedo y Justo Lipsio (1604-1605)”, en *Quevedo en Europa, Europa en Quevedo*, María José Alonso Veloso (coord.), (2017), pp. 36-78.
- Cunha, Rodrigo da, *Catalogo e historia dos bispos do Porto. Offerecida a Diogo Lopes de Souza, Conde de Miranda et Governador da Relação e caza do Porto, et seu districto, do Conselho de sua Magestade*. Por D. Rodrigo da Cunha, Bispo do Porto. No Porto. Por Ioão Rodriguez, 1623.
- Donatus, Sebastianus, *Veterum Inscriptionum Graecarum et Latinarum Novissimus Thesaurus... auctore Sebastiano Donato... Tomus primus*. Lucae, excudebat Jacobus Justi, 1775.
- Ettinghausen, Henry, *Francisco de Quevedo and the Neostoic Movement*, Oxford, Oxford University Press, 1972.
- Ettinghausen, Henry, *Quevedo neoestoico*, Universidad de Navarra, EUNSA. Ediciones Universidad de Navarra, S.A., 2009.
- Ferrer, Inmaculada, “Otra Nota Sobre Petrarca y Quevedo”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, año 56 (1980), pp. 225-238.
- García Sánchez, Lúa, “Quevedo, traductor: el debate crítico en torno a su conocimiento de lenguas clásicas”, en *Visiones histórico-literarias de España y el Nuevo Mundo en la tradición clásica (siglos XVI-XIX)*, Jesús Paniagua Pérez, Ángel Ruiz Pérez (eds.), Berlin, Peter Lang (2021), pp. 179-198.
- García Soriano, Justo, “Don Luis Carrillo y Sotomayor y los orígenes del culteranismo”, *Boletín de la RAE*, nº 13 (1926), pp. 591-629.
- Gendreau, Michèle, “Cartas a Justo Lipsio”, en Michèle Gendreau, *Heritage et création: Recherches sur l'humanisme de Quevedo*, Lille, Champion-Université de Lille III (1977), pp. 34-37 y 423-428.
- González de la Calle, Pedro Urbano, *Quevedo y los dos Sénecas*, México, D. F., El Colegio de México, 1956.

- González Luis, José, “Séneca y Pablo”, en *Séneca, dos mil años después: actas del Congreso Internacional del Bimilenario de su nacimiento: (Córdoba, 24 a 27 de septiembre de 1996)*, coord. por Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez, Publicaciones de la Universidad de Córdoba y Cultural Cajasur (1997), pp. 413-418.
- González Ovies, Aurelio, “*Immatura mors*: un lugar común en los epitafios de los Poetae Latini Aevi Carolini”, *Memorias de Historia Antigua*, n° X (1989), pp. 189-195.
- Hernández Rojo, José Luis, “Quevedo, traductor de Marcial y Séneca”, en *Actas del II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, Málaga, Sociedad Española de Estudios Clásicos (1988), II, pp. 347-352.
- Herrera Zapien, Tarsicio, “Quevedo, ¿latinista o antilatinista? (Los clásicos de Quevedo)”, *Thesis. Nueva Revista de Filosofía y Letras*, n° 10 (julio 1981), pp. 61-67.
- Lázaro Pérez, Rafael, “De qué hablan los muertos. Una aproximación a los contenidos de la epigrafía latina”, en *Discurso y oralidad. Homenaje a José Jesús de Bustos Tovar*, Luis María Cortés Rodríguez (coord.), 2 vols., Madrid, Arco Libros (2007), I, pp. 367-378.
- Lázaro Pérez, Rafael, “‘Spes et fortuna valet’. Retórica y tradición clásica en el epitafio de fray Antonio de Guevara”, en *Pectora mulcet*, Trinidad Arcos Pereira, Jorge Fernández López, Francisca Moya del Baño (eds.), vol. 2 (2009), pp. 1113-1122.
- Lier, Bruno, “Topica carminum sepulchralium Latinorum”, *Philologus* 62.1 (1903), pp. 445-477 y 563-603.
- Lier, Bruno, “Topica carminum sepulchralium Latinorum”, *Philologus* 63.1 (1904), pp. 54-65.
- Llamas Martínez, Jacobo, “El panegírico funeral de hombres de letras en Quevedo: el soneto a la muerte de Francisco de la Cueva, ‘Este, en traje de túmulo, museo’”, *Atalanta*, vol. 3, n° 1 (2015), pp. 5-27.
- Llamas Martínez, Jacobo, “Estilo en los sonetos funerales de Quevedo, Góngora y Lope”, *La Perinola*, n° 18 (2014a), pp. 289-320.
- Llamas Martínez, Jacobo, “Quevedo y la poesía funeral: tradición y originalidad en el Elogio funeral a don Melchor de Bracamonte, hijo de los condes de Peñaranda, gran soldado sin premio”, en *Pictavia aurea: Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro (Poitiers, 11-15 de julio de 2011)*, Alain Bègue, Emma Herrán Alonso (coords.), Asociación Internacional Siglo de Oro (2013), pp. 247-260.
- Llamas Martínez, Jacobo, “Reescritura de Elogio, Lamento y Consuelo en los sonetos funerales de Lope, Góngora y Quevedo”, *Cuadernos de Aleph*, n° 4 (2012), pp. 110-145.

- Llamas Martínez, Jacobo, “Un estudio comparado de los poemas funerales de Baltasar del Alcázar y Francisco de Quevedo”, *Moenia*, n° 20 (2014b), pp. 231-251.
- Llamas Martínez, Jacobo, *Tradición y originalidad en la poesía funeral de Quevedo*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2016.
- López Gutiérrez, Luciano, “Sobre el alcance del influjo de Séneca en la poesía de Quevedo”, *Cuadernos para investigación de la literatura hispánica*, n° 32 (2007), pp. 309-326.
- López Poza, Sagrario, “Quevedo, Humanista cristiano”, en *Quevedo a nueva luz: escritura y política*, Lía Schwartz y Antonio Carreira (coords.), Málaga, Universidad de Málaga (1997), pp. 59-81.
- López Poza, Sagrario, “El epitafio como modalidad epigramática en el Siglo de Oro (con ejemplos de Quevedo y Lope de Vega)”, *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. 85, n° 6 (2008), pp. 821-838.
- López Ruiz, Antonio, “Sobre Quevedo traductor de poesía clásica” en Emilio Barón (ed.), *Traducir poesía. Luis Cernuda traductor*, Almería, Universidad de Almería (1998), pp. 57-68.
- López Ruiz, Antonio, *Tras las huellas de Quevedo (1971-2006)*, Universidad de Almería, 2008.
- Louzado Fernández, Benigno, “Un florilegio de epitafios renacentistas en el Manuscrito 5973 de la Biblioteca Nacional”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos* 14 (1998), pp. 207-221.
- Menéndez Pelayo, Marcelino, *Biblioteca de traductores españoles*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Santander, 4 vols., 1952-1953.
- Meyer, Leo, *Funus Gulielmi Assonlevillii Bouchautii D. a variis adornatum. Curator Leo Meyerus*, Antuerpiae, ex officina Plantiniana, apud Ioannem Moretum, 1599.
- Moya del Baño, Francisca, “‘Con pocos, pero doctos’. Quevedo espejo de los clásicos”, en *Actas del XI Congreso de la Sociedad Española de Estudios Clásicos*, José Fco. González Castro, Antonio Alvar Ezquerro, Alberto Bernabé, Patricia Cañizares Ferriz, Gregorio Hinojo Andrés y Celia Rueda González (eds.), Madrid, SEEC, vol. 3 (2005), pp. 345-418.
- Moya del Baño, Francisca, *Quevedo y sus ediciones de textos clásicos: las citas grecolatinas y la biblioteca clásica de Quevedo*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2014.
- Moya, Francisca-Gallego, Elena, “Quevedo, Lipsius y Arnobius, *Adversus gentes* 2. 67”, *Calamus Renascens*, n° 11 (2010), pp. 119-140.

- N. Antonio, *Bibliotheca Hispana Nova sive Hispanorum scriptorum qui ab anno MD ad MDCLXXXIV florere notitia*, Madrid, vol. I (1783), vol. II (1788).
- Olivier, Jacques, *Alphabet de l'imperfection et malice des femmes*, Paris, chez Iean Petit-Pas, 1617.
- Parada Juncal, Samuel, “Quevedo y la muerte senequista”, en *Scripta manent: nuevas miradas sobre los estudios clásicos y su tradición*, coord. por Laura Camino Plaza, Miguel Giadás Quintela, Eleonora Giunchi, Iria Pedreira Sanjurjo, Univeridad de Santiago de Compostela (2022), pp. 337-346.
- Pascual Barea, Joaquín, “El epitafio latino renacentista en España”, en José María Maestre Maestre y Joaquín Pascual Barea (coords.), *Humanismo y Pervivencia del mundo clásico (Alcañiz, 8 al 11 de mayo de 1990)*, Universidad de Cádiz-Instituto de Estudios Turoleses, t. I, vol. 2 (1993), pp. 727-747.
- Pereira de Novaes, Manuel, *Anacrisis historial. Episcopologio*, v. IV, Oporto, Da Silva, 1918.
- Piero, Raúl A. del, “Las Fuentes del Job de Quevedo”, *Boletín de Filología*, nº 20 (2017), Universidad de Chile, pp. 17–134. Recuperado a partir de <https://boletinfilologia.uchile.cl/index.php/BDF/article/view/47359>.
- Ponce Cárdenas, Jesús, “El epitafio hispánico en el Renacimiento: textos y contextos”, *e-Spania*, nº 17 (2014), <http://e-spania.revues.org/23300>.
- Quevedo y Villegas, Francisco de, *Obras completas. Obras en verso*, Edición de Luis Astrana Marín, T. II (obras en verso), Madrid, 1943 [1932].
- Quevedo y Villegas, Francisco de, *Obras completas. Obras en verso*, Edición de Luis Astrana Marín, T. I (obras en prosa), Madrid, 1945.
- Quevedo, *Don Francisco de Quevedo y Villegas. Obras completas. Obra en prosa*. Estudio preliminar, edición y notas de Felicidad Buendía, 6ª edición, 4ª reimpresión, 1981 (1ª ed., 1960), 2 vols. Aguilar, Madrid.
- Quevedo, Francisco de, *Obra poética*, edición de José Manuel Blecua, Castalia, Madrid, vol. I, 1969.
- Quevedo, *Obras Completas de Don Francisco de Quevedo. Edición crítica, ordenada é ilustrada por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, de la Real Academia Española con notas y adiciones de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de la misma Academia*. Tomo segundo y primero de las poesías. Sevilla, Imprenta de E. Blasco, 1903.
- Quevedo, *Obras de don Francisco de Quevedo Villegas*, colección ordenada y corregida por don Florencio Janer, tomo tercero, Madrid, 1953 [1877].

- Quevedo, *Obras de Don Francisco de Quevedo Villegas*. Colección Completa, corregida, ordenada é ilustrada por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe. Tomo Primero, Madrid, Imprenta y Estereotipía de M. Rivadeneyra, 1852.
- Quevedo, Francisco de, *Anacreón castellano*, edición crítica y anotada de Elena Gallego Moya y J. David Castro de Castro, A Coruña, SIELAE, 2018.
- Rey, Alfonso, “Vida retirada y reflexión sobre la muerte en ocho sonetos de Quevedo”, *La Perinola*, nº 1 (1997), pp. 189-211.
- Rivinus, Andreas, *Anthologia Diaphorōn Epigrammatōn Eis Hepta Biblia Diērēmenē Seu Florilegium Graeco-Latinum, Diversorum Epigrammatum Veterum, e CCLXXVII auctoribus Graecis rarioribus, et quorum opera fere interciderunt, ab Agathia scholastico et Maximo Planude iam olim collectorum, et in VII Libros Digestorum, nunc in trium Chiliadum Centurias distributorum...* Gothae, Prelo Reyheriano excudit Joh. Mich. Schall. Aera Dionys. Venund. Lipsiae ab editore, 1651.
- Rodríguez Fernández, Celso, “*Epistulae morales ad Lucilium*. Séneca Cristiano”, en *Séneca, dos mil años después: actas del Congreso Internacional del Bimilenario de su nacimiento (Córdoba, 24 a 27 de septiembre de 1996)*, coord. por Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez (1997), pp. 307-332.
- Rodríguez-Pantoja Márquez, Miguel, “Traducciones del griego al latín en la poesía epigráfica”, en *Koinòs lógos: homenaje al profesor José García López*, coord. por Mariano Valverde Sánchez, Esteban Antonio Calderón Dorda, Alicia Morales Ortiz, Murcia (2006), vol. 2, pp. 887-896.
- Rothe, Arnold, *Quevedo und Seneca: Untersuchungen zu den Frühschriften Quevedos von Arnold Rothe*. Genève, Librairie Droz; Paris, Librairie Minard, 1965.
- Ruiz Arzalluz, Iñigo, “Un testimonio fantasma de *Inveni portum, spes et fortuna valet*”, en *Otium cum dignitate: estudios en homenaje al profesor José Javier Iso Echegoyen*, coord. por José Antonio Beltrán Cebollada, Alfredo Encuentra Ortega, Gonzalo Fontana Elboj, Ana Isabel Magallón García, Rosa María Marina Sáez, Zaragoza (2013), pp. 589-596.
- Ruiz de Elvira Prieto, Antonio, “*Inveni portum. Spes et Fortuna valet*”, *Myrtia*, nº 16 (2001), pp. 327-337.
- Sandys, John Edwin, *Latin Epigraphy. An Introduction to the study of Latin Inscriptions*, Cambridge, at the University Press, 1919.

- Sigler, María del Carmen, “Traducción, imitación y apologética: Quevedo y el concepto humanista de la traducción”, *Salina*, nº 8 (1994), pp. 42-48.
- Socas Gavilán, Francisco, “¿Con quién hablan los muertos?”, en C. Fernández Martínez (ed.), *La literatura latina: un corpus abierto*, Sevilla (1999), pp. 153-178.
- Solís de los Santos, José, “Una carta desconocida de Luis Carrillo y Sotomayor”, en *Homenaje a Esperanza Albarrán Gómez*, Sevilla, Instituto *San Isidoro* (1998), pp. 193-206.
- Sweert, Pierre François, *Athenae Belgicae siue Nomenclator infer. Germaniae scriptorum, qui disciplinas philologicas, philosophicas, theologicas, iuridicas, medicas et musicas illustrarunt: Antuerpiae, apud Guilelmus A Tungris*, 1628.
- Tejada, Ricardo, “La metáfora del naufragio en Ortega y su pregnancia en algunos orteguianos”, *Revista de estudios orteguianos*, nº 7 (2003), pp. 139-172.
- Tierno Galván, Enrique, “Límites y autonomía de la razón en el Barroco español”, en Enrique Tierno Galván, *Obras completas*, t. VII (1982-86 y obra póstuma), Pamplona (2011), 539-562.
- Wellesley, Henry, *Anthologia Polyglotta. A selection of versions in various languages, A Selection of Versions in Various Languages Chiefly from the Greek Anthology*, London, 1899.